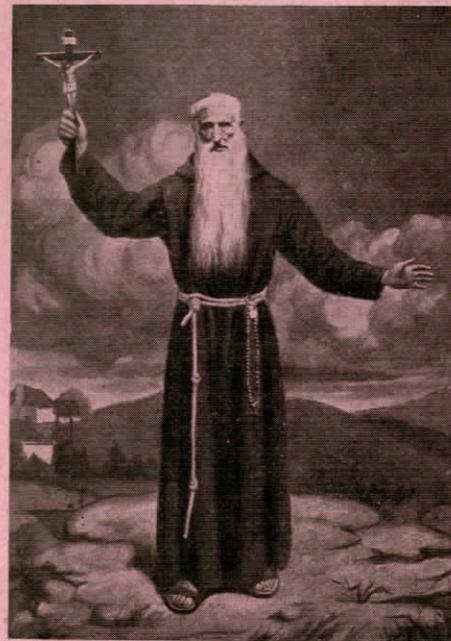
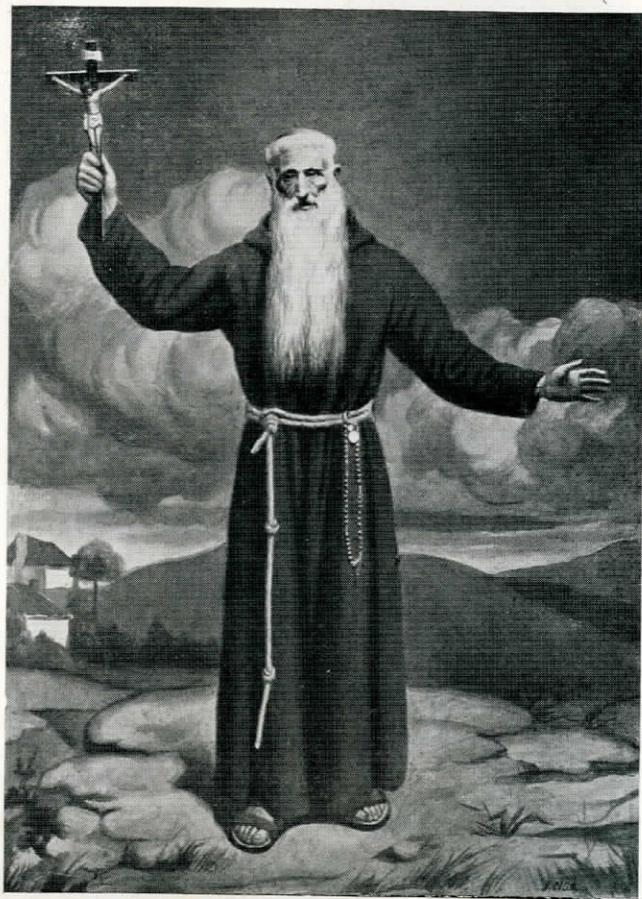


P. GUMERSINDO DE ESTELLA

EL PADRE ESTEBAN DE ADOAIN



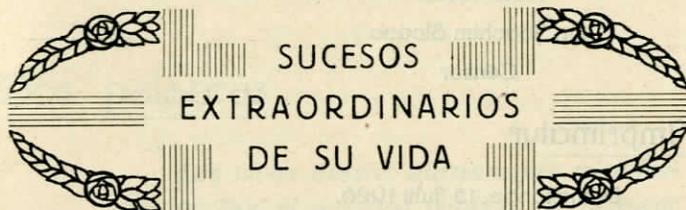


Retrato del Padre Esteban

(De un cuadro de Ciga)

R. 332

EL PADRE ESTEBAN DE ADOAIN



POR EL

R.^{DO} P. GUMERSINDO DE ESTELLA

CAPUCHINO

VICE-POSTULADOR



PAMPLONA

Imp. Viuda de Ricardo García E. - Sarasate, 15

1926

Censura Eclesiástica

Nihil obstat.

Dr. Joachim Elcano

Censor

Imprimatur

Dampilonae, 15 Julii 1926.

† Matthaeus, Episcopus Dampilonensis

Censura de la Orden

Nihil obstat.

Fr. Carmelus ab Iturgoyen O. M. C.

Censor

Imprimatur

Dampilonae, 10 Junii 1926.

Fr. Joachim a Beriain

Minister Provincialis



Dos palabras

Los vivos deseos diariamente manifestados por el piadoso público, de conocer mejor al célebre misionero PADRE ESTEBAN DE ADOAIN y los importunos ruegos que cada día se nos dirigen para que digamos algo del resultado de nuestras investigaciones relacionadas con la vida portentosa de tan egregio apóstol, es lo que nos ha obligado a IMPROVISAR el presente opúsculo.

Mientras con estas páginas se calma un tanto la natural impaciencia de los devotos del Siervo de Dios, continuaremos con nuestra empresa de preparar una VIDA del mismo, la cual no puede ser obra de una semana, y requiere más tiempo libre del que nos permiten las tareas propias de nuestro oficio de Vice-Postulador, que casi todo el año se simultanean con las obligadas del ministerio apostólico.

Mas antes queremos cumplir un deber de justicia: Creemos sinceramente que la Orden capuchina, y en particular la Provincia de Navarra—Cantabria con todas

las de España, deben gratitud al M. R. Padre Ildefonso de Ciáurriz, que con su diligencia y perspicacia, logró descubrir los principales manuscritos del PADRE ESTEBAN DE ADOAIN, contribuyendo, además, con la VIDA que publicó en 1913 a mantener vivos el recuerdo y devoción del pueblo a tan gran Siervo de Dios.

La nueva VIDA que preparamos no tendrá por objeto corregir o inutilizar la publicada por el Padre Ciáurriz, quien logró con gran exactitud seguir paso a paso al insigne misionero, sino añadir nuevos datos que acabarán su retrato y archivar las interesantísimas noticias que vamos recogiendo de labios de testigos presenciales, y en documentos nuevamente descubiertos.

Protesta de obligación

Obsérvese que no hemos querido titular este opúsculo MILAGROS DEL PADRE ESTEBAN. Omitimos cuidadosamente estampar esa palabra en las presentes páginas, haciendo lo mismo con la palabra SANTO; por que queremos conformarnos con la mayor exactitud, no sólo con los Decretos del Papa Urbano VIII, que rendidamente acatamos, sino con todas las leyes de la Iglesia, que

es la única a quien incumbe dictaminar y emitir fallo sobre santidad y milagros.

No desconocemos el Canon 1399 en su apartado 5.º, ni otros que se relacionan con publicaciones de esta índole; por lo mismo nos concretamos a narrar los sucesos extraordinarios tal como se desarrollaron, según hemos tenido la fortuna de comprobar con testigos y documentos, de cuya autenticidad respondemos; pero siempre nos abstenemos de calificarlos como milagrosos. Narrar sucesos no está prohibido por la Iglesia.

FR. GUMERSINDO DE ESTELLA

Pamplona, 5 Junio 1926.

Biografía

del

Padre Esteban de Adoain

Preparando al Apóstol

Nació este Siervo de Dios en *Adoain* (Navarra) el día 11 de Octubre de 1808, cerca de Javier y no lejos de Pamplona, siéndole impuesto en la Pila Bautismal el nombre de Pedro Francisco Marcuello, que al entrar después en la Orden Capuchina fué sustituido por el de Fray Esteban de Adoain.

En aquellos días tronaba el cañón por toda la Europa, como si las máquinas de guerra quisiesen prestar sus acentos al futuro apóstol, cuya voz potente, como de trompeta, había de resonar en ambos hemisferios.

Sin embargo, la infancia y adolescencia del Siervo de Dios, deslizáronse tranquilas en su pintoresca aldea, que por estar rodeada y como defendida por cerros y sierras sumamente agrestes, jamás ha sido visitada por extranjero alguno, ni turbada con la presencia de gente de armas, ni mancillada con escenas de furor bélico.

Un suave aroma de intensa y tierna piedad bañaba el alma del Siervo de Dios mientras vivió al lado de sus padres, cuya casa era un verdadero templo de virtudes cristianas, tradicionales en el país vasco-navarro.

A los 20 años de edad, adquirida en su valle una gran resistencia física que a tan duras pruebas había de ser sometida en su vida de misionero, tomó el Hábito Capuchino en el Convento de *Cintruénigo*, después de cursada parte de la Gramática Latina en la Preceptoría de *Aspurz*.

Los Conventos de Peralta, Pamplona y Tudela, en los que estudió la carrera eclesiástica, fueron escuelas donde el Cielo formó el recio temple del futuro aventurero de la Cruz, educándolo en las virtudes seráficas de San Fidel de Sigmaringa y del Beato Diego de Cádiz.

Pocos meses después de ser elevado al Sacerdocio y cuando aún no había terminado sus estudios, hizo felicísimos ensayos de apostolado, siendo ruidosísima la conversión de un reo de muerte en la cárcel de Pamplona, en Septiembre de 1833, obtenida por medio de la oración y de una disciplina sangrienta con que el Siervo de Dios castigó su propio cuerpo en presencia de aquel infeliz condenado a vil garrote.

En Agosto de 1834 fué expulsado del Convento de Pamplona con toda la Comunidad, con ocasión de la guerra carlista. Caminando por los montes se refugió con sus compañeros en el Convento de Vera, próximo

a la frontera de Francia. Creyendo el General Rodil que los fugitivos iban a sumarse a las tropas carlistas que escoltaban al augusto caudillo, fué a marchas forzadas en su persecución.

Avisados los frailes, huyeron, dirigidos por el Padre Guillermo de Ugar, a los montes de Bértiz. Entre tanto el impío Rodil daba fuego al Convento de Vera y reduciólo a cenizas, afectando la gallardía del que ha tomado un castillo inexpugnable.

De Bértiz se trasladó el Padre Esteban a Irurozqui, pueblo en que ya había ejercido algunas veces verdaderas funciones de Párroco. Pero avisado del punto de concentración de la dispersa Comunidad, pasó al Convento de Tudela. Esperábase una nueva desventura. En Marzo de 1836 se publicó la ley de supresión de Comunidades religiosas. Y aunque en Navarra tardó mucho en ejecutarse, por fin alcanzó en 1838 al Convento de Tudela. ¡Durísima prueba! La pesadumbre que experimentó el Padre Esteban al despojarse del Santo Hábito, le acarreó una grave enfermedad que le duró dos meses.

De nuevo se refugió en Irurozqui. Pero no resignándose a vivir sin el Hábito, salió de España, se trasladó a pié a Italia, donde escogió por morada otro Convento de la Orden.

Cuatro años vivió allí, durante los cuales no quiso permanecer ocioso. Aprendió luego la lengua italiana y predicó en varios pueblos con gran aceptación y no poco provecho de las almas, según afirma el Venerable

Padre Claret en las Testimoniales que otorgó al Padre Esteban años más tarde.

El Misionero. En Venezuela

Por orden del Papa Gregorio XVI y con obediencia del Rmo. General de la Orden, se embarcó en Marsella el día 26 de Mayo de 1842 con rumbo a Venezuela, en compañía de otros 29 Capuchinos solicitados por el Gobierno de aquella República.

Llegó al campo de su apostolado, después de 46 días de navegación. Encargado de la Parroquia de *Parapara*, la reformó maravillosamente en pocos meses.

Luego se internó en el país del *Apure*, evangelizando los pueblos que hallaba al paso.

Entre los indios del *Apure*, *yaruros*, *utumacos*, *mohineros*, permaneció medio año en compañía del Padre Julián de Hernani, incomunicado, careciendo de recursos que el Gobierno había prometido a los misioneros y que se negaba a enviarles. Ambos alimentábanse de frutas silvestres y de carne en conserva. Dormían en ranchos infectos. Su situación era para desalentar al más intrépido. Sin embargo, el Padre Esteban catequizaba a los indios, buscándolos en sus chozas. Recorría el país ya en canoas por los ríos, ya a pié, de día o de noche, expuesto a los asaltos de los tigres o a las picaduras de mil insectos venenosos.

Gracias a su diligencia y a su abnegación heroica,

lograron reducir gran número de familias y fundaron tres pueblos a la orilla de tres ríos distintos.

Los indios *chiricoas* antropófagos, que jamás habían admitido misionero alguno, enviaron espontáneamente emisarios al Siervo de Dios, prometiéndole escuchar su doctrina y poner en práctica sus mandatos.

La fiebre clavó su garra en la naturaleza de hierro del Padre Esteban. Este no se declaró vencido. Estenuado, enfermo, abatido y flaco de cuerpo, su espíritu seguía siendo de apóstol y hubiera continuado su ruda labor con el mismo celo y diligencia. Pero el Gobernador del Distrito envióle de parte del Supremo Gobierno, la orden de salir sin dilación de la misión del *Apure*, a pretexto de que se había negado, como todos los misioneros, a jurar la Constitución del Estado.

Tan despiadada orden le llegó al Padre Esteban el 4 de Octubre. Hacía cerca de un mes que nuestro misionero yacía, presa de la fiebre, tendido en tierra, en una cabaña mal cubierta de ramaje. Hallábase casi agonizante sin auxilio de ningún género, sin más consuelo ni compañía que su crucifijo y el Padre Julián que también estaba gravemente enfermo.

El día 6 emprendió su viaje hacia la capital de la Provincia de Valencia tendido en una canoa. Un breva je que le había sido propinado por una india y el cambio de aires reanimaron algo sus fuerzas que el Padre Esteban aprovechó para trabajar por el bien de las al-

mas, evangelizando los lugares por donde pasaba. Después de dolorosa odisea, llegó a Caracas.

El Padre Murieta, Prefecto de nuestras misiones en aquella República, lo envió a Europa en Junio de 1845. obligándole a atender a su salud. Diez y ocho meses permaneció entre los Capuchinos navarros de Ustáriz, cerca de Bayona. Recuperadas las fuerzas apresuróse a regresar a Venezuela. No le permiten ir a su misión del *Apure*; pero cosecha frutos copiosos de reforma de costumbres en varias regiones de la República.

El Padre Esteban llegó a ser universalmente conocido y estimado en el país. El Arzobispo de Caracas señor Fernández Peña, llevóle a la capital, confiándole la Dirección del Seminario y la cátedra de Moral.

Un Gobierno revolucionario triunfa en Venezuela, intentando entronizar el vicio y la irreligión. Nuestro egregio misionero es entonces como un nuevo Bautista que en nombre de Dios increpa a los potentados con santa osadía. Díctase contra él y sus compañeros decreto de destierro por el Presidente Judas Tadeo Monagas. El público que venera al Padre Esteban como a santo, lo defiende en imponente manifestación. Los Cónsules extranjeros formulan enérgicas reclamaciones apoyando la del Cónsul español Sr. Muñoz, mientras varios barcos de guerra que se hallaban anclados en Puerto Rico, llegan al puerto de La Guaira en actitud amenazadora. El impío decreto es revocado. Nuestro misionero continúa durante la Cuaresma de 1849, cla-

mando ante más de diez mil personas en la Catedral de Caracas el *non licet* del santo Bautista. Y como el Precursor de Jesucristo es encarcelado por orden del Presidente. Una nueva intervención del Cónsul español obliga al Sr. Judas a ponerlo en libertad.

El Apóstol de Cuba

Como la ola negra de anticlericalismo continuase amenazadora en Venezuela, los Capuchinos españoles pensaron en buscar un refugio en la Isla de Cuba. A este fin el Prefecto envió al Padre Esteban a la Habana, a donde llegó el 24 de Enero de 1850. Muy pronto tuvieron éxito sus gestiones; pues las Autoridades le concedieron el Convento de *Guanabacoa*, que había pertenecido a los Padres Recoletos. Sin embargo, la fundación no pudo prosperar por haber muerto o caído gravemente enfermos, en cuanto llegaron a Cuba, todos los religiosos que fueron destinados a aquella Casa.

El apostolado del Padre Adoain en Cuba fué fecundísimo. Un año permaneció en la ciudad de la Habana predicando en las principales iglesias a ingentes muchedumbres que no querían perder ni una sola palabra de aquel penitente Capuchino. La santa libertad con que reprendía el vicio y condenaba periódicos impíos no agradó a algunos fariseos, quienes alzaron protestas contra él. Y como no encontrase protección en la autoridad eclesiástica de la Diócesis, se trasladó a pie a

Santiago de Cuba poniéndose a las órdenes del Arzobispo Venerable Padre Claret. Este santo Prelado comprendió la valía del Misionero y le envió a predicar misiones por todos los pueblos de su Diócesis.

Sin descansar un solo día recorrió durante seis años las aldeas y ciudades haciendo penosas marchas de diez, quince o veinte leguas ya a caballo, ya a pie bajo un sol abrasador o empapado en agua, por terrenos pantanosos generadores de la viruela negra y de la fiebre amarilla. Predicaba en amplias iglesias, en las plazas, en pobres cabañas o en cobertizos tabaqueros. Cuando el Padre Esteban hacía resonar en las aldeas el ronco zumbido del caracol marino, de todas partes aflúan las muchedumbres y lo abandonaban todo por asistir a sus misiones. Reuníanse habitantes de pueblos de quince leguas de distancia, en época de lluvias torrenciales, atravesando caminos llenos de fango, y a veces pasando ríos con agua hasta la cintura.

Es inenarrable el efecto que producía su predicación. Pecadores encanecidos en el vicio, deshonestos inveterados y públicos, personas de cuarenta años que jamás se habían postrado a los pies de un confesor, hombres indiferentes en Religión echábanse a sus pies, anegados en llanto, pidiendo penitencia, confesando en voz alta sus crímenes.

La labor del Padre Esteban era tan dura y tan continuada, que ninguno de los compañeros que le daba el Venerable Padre Claret para ayudarle, pudo resistir

más que algunos meses. Hasta seis veces hubo de cambiar de auxiliar en menos de seis años.

Asistió en varias comarcas a los apestados con caridad heróica. Predicaba cada año quince o veinte misiones durando cada una diez o más días, según el número de personas que debía oír en confesión; empleaba diariamente al final de sus misiones doce o catorce horas en el confesonario. Legitimó seis mil matrimonios. Erigió un centenar de cruces en otras tantas Parroquias. Estableció en muchísimos pueblos la Archicofradía del Corazón de María. Unió muchos centenares de divorciados.

Duras persecuciones suscitáronse contra él y contra el Venerable Padre Claret Arzobispo de Santiago, que era otro apóstol providencial de Cuba. El santo Arzobispo defendió con energía al Padre Esteban; mas no consiguió que los fariseos de Cuba abrieran los ojos para ver en la predicación de tan abnegado misionero un llamamiento divino.

Nuevos horizontes

En Guatemala y El Salvador

Al saber el Padre Esteban que en Guatemala habíanse reunido en Comunidad varios Capuchinos de los exclaustros en España, y desvanecida por otra parte la esperanza de fundar Convento en Cuba, surcó de nuevo el Océano en Octubre de 1856 y se incorporó a

la pequeña Comunidad establecida en *Antigua Guatemala*.

Mucho sintió el Venerable Padre Claret la separación de tan valioso misionero y mucho se esforzó por retenerlo en Cuba; incluso le ofreció una mitra, que le hubiera sido fácil obtener de la reina Isabel. Pero el Padre Esteban alegó que Dios le había hecho para Capuchino y no para Obispo. Entonces el Venerable Padre Claret le abrazó tiernamente, y viendo que no tenía reloj le regaló el suyo, que el Padre Esteban aceptó como recuerdo de un santo, pues como a santo veneraba al celoso Arzobispo de Santiago.

A los pocos meses de su llegada a Guatemala, el Padre Esteban era célebre en toda la República. De todas partes era llamado por las autoridades eclesiásticas y civiles para predicar misiones.

Su tenor de vida era el mismo que en la Isla de Cuba. Recorrió la República en todas direcciones bajo un sol abrasador, sin usar ni un mísero solideo que le defendiera la cabeza, sin más equipaje que el estandarte de la Divina Pastora que le había sido regalado por el Venerable Padre Claret y que no abandonó desde que comenzó sus predicaciones en Cuba.

A cada misión del Padre Esteban acudían cinco, ocho o diez pueblos desde muchas leguas de distancia. Hubo ocasiones que asistieron nutridas caravanas llegadas de las Repúblicas de Honduras y El Salvador después de penosas marchas de varios días.

En muchos pueblos alfombraban el suelo con ramas de árboles y flores al pasar el penitente misionero. Los habitantes de *Patzum* alfombraron con ramas varios kilómetros de camino.

En Guatemala, como en Cuba, tuvo ocasión el Padre Esteban de ejercitar su caridad con los apestados. Durante el cólera que se declaró en aquella República, tomó a su cargo el cuidado del lazareto de la *Antigua* establecido junto al cementerio, auxiliando a los atacados, espiritual y materialmente. Recorría personalmente las calles de la ciudad pidiendo ropas para sus pobres coléricos. Ni uno solo se le murió sin Sacramentos.

Así que hubo cesado la peste en la *Antigua*, salió por los pueblos con el estandarte de la Divina Pastora desplegado. En todas partes le recibían como a un mensajero del Cielo. En varios cesó la peste por modo maravilloso al presentarse el Padre Esteban con su estandarte, según diremos en otro lugar.

El mismo entusiasmo que en Guatemala, despertó en la República de El Salvador, a donde fué llamado en 1859 por la autoridad eclesiástica. Pocos días llevaba predicando en *Santa Ana*, cuando por orden del Presidente Barrio fué expulsado del territorio y conducido de noche a la frontera de Guatemala. El pueblo al darse cuenta de lo ocurrido, se amotinó contra el Gobernador que había ejecutado la expulsión y le hizo pagar sangrientamente su sacrílega injusticia.

Más tarde, en el año 1865, fué enviado por el Re-

verendísimo Padre Comisario General al estado de El Salvador para fundar un Convento en la ciudad de *Santa Tecla*. Mientras atendía a la fundación, hubo de recorrer toda la República a instancias del Obispo de El Salvador y del católico Presidente Sr. Dueñas, que ya se había posesionado del poder y que había solicitado la fundación.

En aquellas ciudades desmoralizadas por las continuas revoluciones, era frecuente ver, en las plazas en que predicaba el Padre Esteban, quince mil personas que, al oírle, prorrumpían en llanto, y con sollozos pedían perdón de sus escándalos, restituían en el acto lo injustamente adquirido y reconciliábanse públicamente.

Los Presidentes de Guatemala y El Salvador llamábanle para consolidar la paz cuando amenazaban los alzamientos o a raíz de alguna revolución mal sofocada; y dábanle amplios poderes para conceder indulto a los que se arrepintiesen sinceramente. Y bastaba la presencia del Padre Esteban enarbolando el estandarte de la Divina Pastora para que cayesen las armas de las manos de los revolucionarios y para que derramasen lágrimas de compunción los que no pensaban sino en derramar la sangre de sus semejantes.

En el Capítulo celebrado en Noviembre de 1868 fué elegido, por unanimidad de votos, Guardián del Convento de la *Antigua* y Comisario General, cargos que no aceptó sino vertiendo muchas lágrimas y después

de hacer, postrado en tierra, reiteradas protestas de su insuficiencia, dictadas por la profunda humildad de este Siervo de Dios. Intentó desde aquel día concentrar su atención exclusivamente en el gobierno de sus súbditos; pero no pudo sustraerse a los deseos y ruegos de las autoridades eclesiásticas y civiles que le llamaban sin cesar para predicar misiones. A todo alcanzaba el celo de nuestro Padre Esteban que supo multiplicarse prodigiosamente con caridad heroica, olvidándose del necesario descanso.

Era indudable que Dios centuplicaba las fuerzas de su Siervo.

Es expulsado de Guatemala. Su apostolado en Francia y España

La Religión y la moralidad, base de la paz de los pueblos, triunfaban en Guatemala y El Salvador bajo el pabellón de la Divina Pastora, levantado por la incansable mano del Padre Esteban de Adoain. Los Prelados auguraban días de prosperidad para la Iglesia en aquellas Repúblicas.

Pero la Masonería fijó inquieta sus ojos en aquel punto luminoso de Centro-América; y con ayuda del infierno, provocó con su soplo satánico el incendio de la revolución, que triunfó en 1871.

Los Prelados y las Comunidades religiosas hubieron de salir para el destierro en fuerza de un Decreto

del nuevo Presidente García Granados. Al saberse cuál era el día señalado para la expulsión de los Capuchinos, cinco mil hombres cercaron el Convento de la *Antigua*, armados de fusiles, machetes, pistolas y palos, gritando que mientras ellos vivieran, no había de salir para el destierro ni el Padre Esteban ni otro religioso alguno de su Comunidad.

Por temor a una contrarrevolución, el Gobierno desistió de su propósito por entonces. Pero al año siguiente, Junio de 1872, realizóse la expulsión por sorpresa, no sin concentrar en la *Antigua* gran número de soldados de todas armas, que provocaron escenas sangrientas, disparando sus fusiles contra el público por el único delito de protestar de la sacrílega expulsión.

Después de varios días de penosas marchas, embarcóse el Padre Esteban con sus compañeros en el vapor norteamericano *Sacramento*, con rumbo a San Francisco de California, donde fueron caritativamente acogidos y atendidos por los Padres Jesuitas y por todo el público.

Cuando en los pueblos de las Repúblicas de Guatemala y El Salvador se supo la noticia de la expulsión, hubo llantos y protestas generales; pero el dinero de la Masonería había triunfado.

Con obediencia del Rvmo. Padre General, el Padre Esteban pasó a Francia con un grupo de religiosos compañeros de destierro. Llegó a Bayona en Marzo de 1873, entregándose luego a su labor de misionero con

la misma abnegación y éxitos de siempre en los pueblos del país vasco.

En Enero de 1874, sin temor a los peligros de la guerra civil, entró en Navarra y permaneció en Murietta, cerca de Estella, cinco meses, negociando aunque sin fruto, con don Carlos de Borbón y la *Junta* carlista, la habilitación de un Convento que fuera como expansión del de Bayona en que ya no cabían los religiosos.

En 1875 predica en la frontera de Navarra y de Guipúzcoa, aprovechando la ocasión para ejercer su sagrado ministerio entre las tropas carlistas, acreditándose por su valor en las líneas de fuego.

Terminada la guerra civil, abrióse ancho campo a su celo apostólico en las Provincias de España. Era ya septuagenario. Como predicador no podía ser ni sombra de lo que fué. Apesar de ello, despertó vivo entusiasmo en Navarra, donde más de una vez hubo de ser protegido por soldados para poder caminar, pues el público se disputaba la suerte de poder besar su mano o su Hábito. (1)

Pasó a Andalucía en Marzo de 1877, siendo designado para primer Superior del Convento que abrió en Antequera. También allí su labor apostólica fué una serie de triunfos de la Divina Gracia.

Las misiones de Antequera, Sanlúcar de Barrameda, Chipiona, Cuevas Altas, Lebrija, Paradas, Aracena,

(1) Los ancianos recuerdan aun las misiones de Vera, Zugarramurdi, Navascués, Urraul-Alto, Artieda, Arboniés, Lumbier, Artajona, San Martín, Falces y Andosilla.

Lora del Río, Sevilla, etc., dejaron imborrable recuerdo. Los que tuvieron la fortuna de oírle, describen con calor y viva admiración el efecto que producía la predicación del Padre Esteban. Bastaba ver en el púlpito aquella figura apocalíptica levantando el crucifijo y entonando el *Santo Dios...* para sentir llena de compunción el alma. Sus actos de contrición, hechos con aquella voz que de tan potente y sonora parecía sobrehumana, arrancaba lágrimas a los hombres más duros. Sus misiones, según nos refieren los testigos de vista en Andalucía, tenían que terminarse en las plazas, por ser insuficientes las iglesias para tan extraordinarios concursos.

Su actividad no se limitó al ejercicio de las misiones. Como Vice-Comisario Apostólico hubo de atender a la restauración de la Orden en España. Como Guardián de Antequera, hubo de organizar aquella Comunidad, la primera de Capuchinos en España después de la exclaustación; y en Otoño de 1877 restauró el Convento de Sanlúcar de Barrameda y organizó aquella Comunidad de la que fué el primer Superior. Siendo él Vice-Comisario se inauguraron los Conventos de Pamplona, Masamagrell, Arenys de Mar y Montehano.

La naturaleza del Padre Esteban, destruída ya por la penitencia y por incesante y ruda labor de cuarenta años, no estaba sino para entregarse al descanso. Pero los santos nunca se declaran vencidos. En Marzo de 1879 salió a predicar una misión en *Fuentes* con los

mismos entusiasmos que en los días de su juventud. El cuarto día de la misión su sermón fué vehementísimo, sumamente patético. No bien lo hubo terminado, sintióse gravemente enfermo, apreciándosele al mismo tiempo una fiebre muy alta, lo cual movió al Padre Saturnino de Artajona a administrarle el Santo Viático.

En el mes de Agosto del mismo año, algo aliviado pero no repuesto de su enfermedad y presa aún de la fiebre, presidió la inauguración del Convento de Pamplona, siendo el primero en la observancia regular durante los dos meses que en él permaneció. En Octubre y Noviembre hizo la Visita Pastoral en los Conventos de Masamagrell, Arenys de Mar, Pamplona, Montehano y Bayona.

El Padre Esteban fué el alma de la restauración de la Orden en España, el maestro de la nueva generación de Capuchinos, el transmisor de las tradiciones de la Orden, el conservador de la devoción a la Divina Pastora durante la época de la exclaustación.

Su santa muerte y sus funerales

En el mes de Mayo de 1880 el Padre José de Llerena, Comisario Apostólico que ya había regresado de Roma, suplicó al Padre Esteban que predicase el Novenario de la Divina Pastora en Sévilla.

No podía desconocer el Padre Llerena que un sermón más era un golpe de muerte para el Padre Esteban;

pero se lo suplicó movido por algunos señores, a cuya generosidad estaba muy obligado el propio Padre Llerena, que era Vice-Postulador de la Causa de Beatificación de Fray Diego de Cádiz.

El Padre Esteban bajó resignadamente la cabeza ofreciendo el cuello al dogal de la obediencia. Predicó la Novena con el fruto extraordinario que diremos en otro lugar.

Al regresar a Sanlúcar era un cadáver ambulante. Los religiosos, al verlo, quedaron muy impresionados y alarmados. Don Andrés de Hoyos Limón, caballero piadosísimo que veneraba al Padre Esteban como a santo, lo llevó a Antequera en el mes de Agosto para ver si experimentaba algún alivio. Pero habiendo sufrido una recaída, el mismo Padre Esteban manifestó deseos de regresar a Sanlúcar, a cuya Comunidad pertenecía. Y en su predilecto Convento de Sanlúcar fuele designada para habitación una celda de la hospedería muy próxima a la portería y separada del Coro bajo y del Presbiterio por un largo corredor.

Todos los días, hasta que recibió el Santo Viático, iba a la iglesia apoyado en un báculo y en el hombro de un Hermano Lego; y aunque parecía que estaba próximo a expirar, recibía de rodillas la Sagrada Comunión con indecible consuelo que se reflejaba en el rostro

Durante su larga enfermedad no pronunció una frase de impaciencia, no exhaló una queja. Cuando le

decían que descansase ya de penitencias, contestaba que aún no había hecho nada en este mundo.

A mediados de Septiembre recibió el Santo Viático con señales de tan extraordinario fervor y con piedad tan profunda, que conmovió a todos los religiosos. Cuando entró el Señor en su habitación, diríase que el Padre Esteban lo vió con los ojos del cuerpo; pues súbitamente se incorporó, saltó del lecho y derribóse en tierra, poniéndose de rodillas con firmeza; juntó las manos, pidió perdón a los Religiosos y les dirigió una sentida plática exhortándoles a conservar la austeridad propia de la Orden Capuchina y pidiéndoles oraciones por su alma. Luego, aunque estaba demacrado y pálido, al recibir a Jesús Sacramentado, quedóse con el rostro encendido, los ojos cerrados, en actitud de profunda meditación. Los religiosos no podían contener las lágrimas. Después recibió diariamente la Comunión de rodillas hasta la víspera de su muerte.

Durante este tiempo apenas habló con las criaturas. Siempre con el Crucifijo entre las manos, derretíase en amorosos coloquios con él. Daba frecuentemente gracias a Dios por los dolores y molestias que se dignaba enviarle.

Desde que cayó enfermo levantábase diariamente a las tres de la tarde, y sentado en una silla, escuchaba un párrafo sobre la Pasión de Jesucristo que le leía Fray Antonio de Antequera y luego quedaba largo rato en profunda meditación.

Dos días antes de morir, y después de recibida la Santa Unción, burló la vigilancia de los Hermanos enfermeros y medio arrastrando y se fué al Coro. Allí le sorprendieron los religiosos, arrodillado, con los brazos en cruz, inmóvil, con los ojos clavados en el tabernáculo. Esto mismo había hecho varias veces, pues unos días antes fué sorprendido orando ante la Divina Pastora de la iglesia.

Amonestáronle dulcemente, pero el Padre Esteban contestó: «Me he agarrado a la vara de San José y al cordón de San Francisco; que hagan de mí lo que quiere el Señor; *fiat voluntas tua...*»

El día 4 de Octubre dijo que hubiera deseado subir al Cielo aquel mismo día por ser la fiesta de San Francisco, pero añadió que sabía no había de morir hasta el día 7. Mas como presentase síntomas de mayor gravedad, administráronle la Santa Unción. Después a presencia de la Comunidad, descendió del pobre lecho y postrado en tierra ante el Padre Fermín de Velilla, Guardián entonces de Sanlúcar, le pidió que le concediese por caridad un Hábito para mortaja. El Padre Fermín contestó con palabras entrecortadas, profundamente emocionado y sin poder contener las lágrimas.

El día 6 de Octubre, en fuerza de la fiebre, perdió el conocimiento algunos ratos; pero a media noche mandó llamar al Padre Pedro de Usún, le rogó que, pues estaba próximo a expirar, le aplicase cuatro Indulgencias plenarias que tenía concedidas para la hora de

la muerte, y le mostró varios folletitos piadosos que contenían las fórmulas para el efecto. También le rogó que le aplicase la Bendición Apostólica, que don Andrés de Hoyos Limón había solicitado para él telegráficamente a Roma.

Una hora después de haberla recibido, expiró tranquilamente, abrazado al Crucifijo entregando su alma al Creador. Eran las cinco de la madrugada del día 7 de Octubre de 1880. Los religiosos, que no podían contener las lágrimas, no se saciaban de contemplar aquel cadáver que quedó, dice uno de los médicos de cabecera, con la sonrisa de paz y dulzura que le había sido peculiar.

El Padre Bernardino de Belliza, que era su confesor, y el Padre Pedro de Usún, Vicario del Convento, hicieron cargo del venerando cadáver para amortajarlo. Ambos quedaron profundamente conmovidos al encontrarle un cilicio clavado en la cintura.

La noticia de la muerte del Padre Esteban, corrió por la población con la velocidad del relámpago. Personas de todas las clases sociales corrían en tropel al Convento, llorando la muerte de aquel a quien llamaban el santo. Tres días estuvo insepulto el cadáver, expuesto a la veneración de los fieles; y durante los tres días estuvieron la iglesia y el atrio llenos de gente. Los Colegios de niños de Sanlúcar fueron a venerar el cadáver conducidos por sus maestros. Y no hubo en la población quien no se postrase ante el féretro para besar los pies del Padre Esteban.

El ataúd estaba colocado en el centro de la iglesia rodeado de nardos, romeros y otras plantas olorosas. Los fieles, movidos por la devoción que profesaban al Padre Esteban y por la confianza en la protección que desde el Cielo les dispensaría, arrebatában las flores y se las llevaban después de tocar con ellas el rostro del difunto misionero. Varias veces fué menester traer nuevas flores de la huerta. Muchos centenares de rosarios se pasaron cada hora por su venerando rostro.

Y no contentos con esto los fieles, le cortaban pedacitos del Hábito, le arrancaban pelos de su larga barba, o bucles de cabellos.

Cuando los religiosos vieron que la devoción traspasaba los límites de la discreción, no siendo ellos suficientes para contenerla, llamaron a los agentes de orden público para que custodiasen el cadáver, y rodearon el ataúd con bancos.

Los funerales fueron solemnísimos. Los presidió el Illmo. Sr. D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros, Obispo dimisionario de Vitoria y poco después Cardenal Arzobispo de Valencia. Predicó una hermosa oración fúnebre el Arcipreste de Sanlúcar D. Francisco Rubio Contreras, que profesaba gran veneración al Padre Esteban.

Cuando levantaron el féretro y se lo llevaron los religiosos al interior de la clausura, los fieles salieron de la iglesia en tropel, escalaron las tapias de la huerta dentro de la cual se halla el cementerio; y muchísimos

saltaron al interior del cementerio hundiendo, en uno de los lados, una bóveda que cubría los nichos; otros subiéronse a los árboles que dominaban las tapias. Todos querían dar el último *adiós* al Padre Esteban en el momento que quedaba oculto a la vista de los vivos.

Fué inhumado el venerando cadáver en un nicho construído para él bajo tierra, dentro de la capilla del cementerio conventual y separado, por consiguiente, de las demás sepulturas; quedando cubierto con una hermosa lápida de mármol blanco.

Su fama de santidad.

Su causa de Beatificación.

La fama de santidad de que gozó este Siervo de Dios durante su vida, no se desvaneció con su muerte; se ha mantenido viva en el pueblo, lo mismo que entre Religiosos, Prelados y Sacerdotes. Y aún podemos decir que aumenta de día en día la devoción a tan célebre misionero, a quien se considera gozando de Dios en el Cielo, ya que tanta gloria le dió en la tierra.

Recientemente hemos visto gran número de reliquias suyas (pedacitos de su Hábito, etc.) guardadas muy cuidadosamente, ya en Sanlúcar, ya en otras ciudades. Sin duda son de las distribuídas a raíz de la muerte del mismo Padre Esteban por Fray Antonio de Antequera, por el Padre Fermín de Velilla y otros religiosos; o de

las arrebatadas del mismo ataúd del Padre Esteban por los fieles.

Por los años de 1897 el Reverendísimo Padre Joaquín de Llevaneras descubrió el sepulcro del Siervo de Dios, en presencia del M. R. P. Ambrosio de Valencia, de un Notario y varios testigos, quienes levantaron acta del hecho, consignando todos los pormenores. Sacáronse entonces por devoción varios huesecillos. De estas reliquias he visto alguna en Sanlúcar, en Antequera y en Pamplona; y sé que se conservan en Lecároz. Las de Pamplona y Lecároz están autenticadas, lo mismo que una muela de las del Siervo de Dios que fué llevada a la Goagira por el P. José de Valdeviejas.

La conservación de gran número de cartas del Siervo de Dios, de sus *Apuntes de Misiones* y de sus sermones, es una demostración del gran concepto que se ha tenido siempre de su virtud extraordinaria y lo mucho que se aprecia todo lo que le perteneció.

Lo mismo que de sus reliquias puede decirse de sus retratos y estampas. Existe un buen número de cuadros al óleo no solo en nuestros Conventos, sino en casas de seglares, que son tenidos en gran estima. El cuadro que representa el rostro del Padre Esteban con más exactitud es el que se conserva en casa del Excmo. Sr. Conde de Aldama. Un buen cuadro a pluma hecho por don Andrés Limón he visto en el Convento de Esclavas Concepcionistas de Sevilla. El que existe en el recibidor del Convento de Capuchinos de Sevilla mide 2,63



metros por 1,93; con un precioso marco de 18 centímetros de ancho. Es un hermoso lienzo que representa al Padre Esteban en actitud de predicar a una muchedumbre que le rodea.

Por los años 1892 distribuyéronse profusamente en los Conventos de España unas estampas grabadas en Roma, que lo representaban en actitud de predicar. Y recientemente se han editado 25.000 hojitas con el busto del Siervo de Dios y una oración, para satisfacer la devoción de los fieles, que lo invocan constantemente, obteniendo por su intercesión señaladísimos favores.

A raíz de su muerte, varios Boletines Eclesiásticos de diversas Diócesis publicaron necrologías muy encomiásticas. Y muchos años más tarde han aparecido en Revistas Católicas, biografías y elogios del nunca olvidado y nunca bastante llorado Padre Esteban. Hemos leído las publicadas en *Revista Popular* y *La Hormiga de Oro* de Barcelona; en *La Avalancha* de Pamplona; en la monumental *Geografía del País Vasco-Navarro*; y en *El Siglo Futuro* de Madrid.

Hay noticias concretas de América Central, por las que podemos afirmar la devoción que allí se tiene al Padre Esteban.

El Emmo. Cardenal Vives, que había sido súbdito suyo en América, túvole toda su vida en gran veneración y conservaba reliquias del mismo con gran estima. Al publicar en 1888 el *Cronicón* de los Capuchinos de Guatemala, escribió refiriéndose a él: «El Padre Este-

ban de Adoain... fué fundador y Guardián de los dos primeros Conventos de España en la actual restauración de la Orden en nuestra patria.

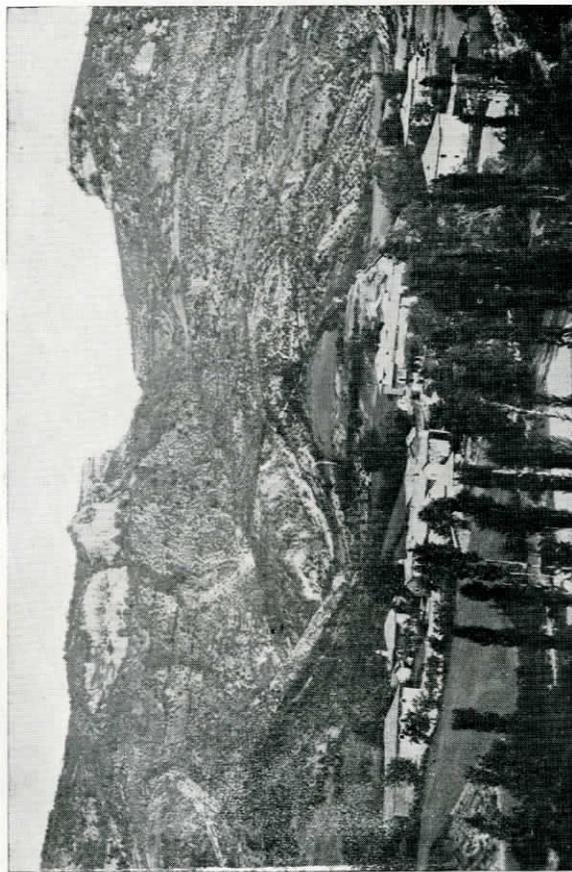
»Gobernó todos los Capuchinos de España como Vice-Comisario Apostólico y los de Andalucía como Comisario Provincial. FUÉ GRANDE EN OBRAS Y VIRTUDES Y NUESTRO MÁS CÉLEBRE MISIONERO EN LOS PRESENTES TIEMPOS. Murió santamente en Sanlúcar de Barrameda el día 7 de Octubre de 1880».

El Illmo. Padre Luis Amigó, Obispo de Segorbe en la actualidad, lo consideró siempre, según carta suya de este año, como religioso de gran perfección y misionero abnegado, opinando que tuvo dones sobrenaturales propios de los santos.

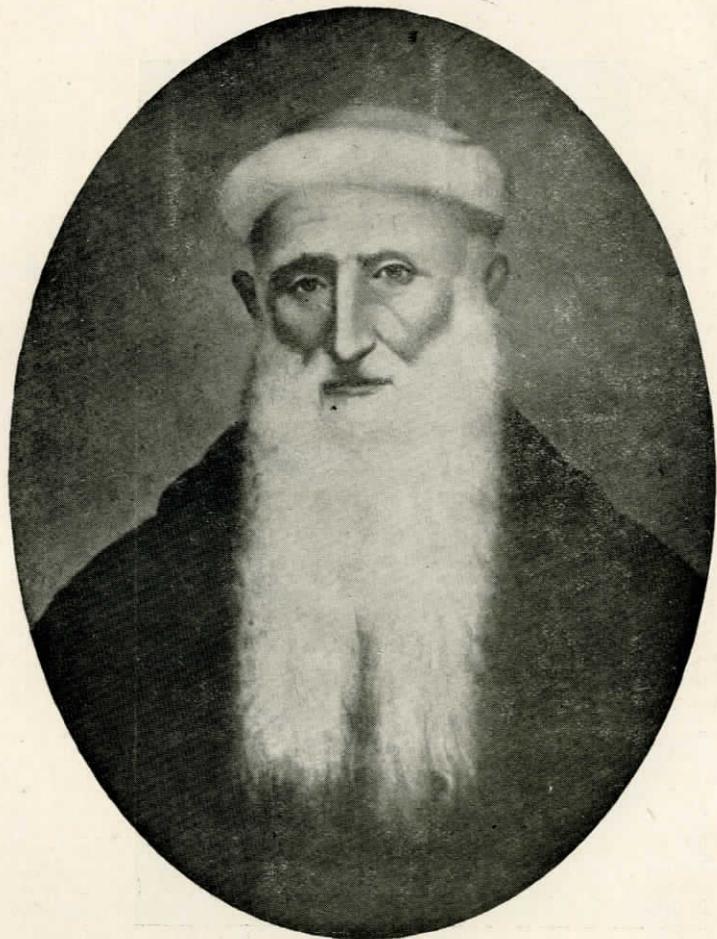
Acabadísimo es el panegírico que espontáneamente brotó de la pluma del M. R. P. Ambrosio de Valencina, Provincial que fué de Andalucía, quien no perdía ocasión de presentar al Padre Esteban como modelo de misioneros y de Capuchinos.

El Illmo. Padre Francisco Vilá, que murió siendo Vicario Apostólico de Guam, siempre que hablaba del Siervo de Dios lo calificaba de *verdadero santo*, según escribió él mismo en carta al Padre Ildefonso de Ciáurritz, en 1912.

Este mismo concepto vemos expresado en un detallado informe escrito por el M. R. P. Saturnino de Artajona, que desempeñó altos cargos en Ultramar y en su Provincia.



Vista general de Adoain



Retrato del Padre Esteban

(De un cuadro pintado a raíz de su muerte)

El Rvmo. Padre Joaquín de Llevaneras, que también fué súbdito del Padre Esteban, conservaba reliquias suyas, mas gran número de sermones muy bien precintados y no pocos documentos referentes a este gran Siervo de Dios.

El Padre Pedro de Castejón, muy venerado por su discreción y religiosa austeridad, solía proponerlo a sus novicios como acabado modelo de virtudes religiosas.

Los ancianos Padres que procedentes de la exclaustración, vivían en el Convento de Pamplona por los años de 1896, conservaban en el lugar más honorífico de la habitación por ellos frecuentada, el retrato del Padre Esteban, de quien habían sido condiscípulos en la juventud; y no hablaban de él sino con exclamaciones de admiración.

A este tenor pudiéramos ir multiplicando testimonios de personas de mayor excepción, que cuanto más trataron al Siervo de Dios, más alto concepto tuvieron de su santidad.

Ya el Emmo. Cardenal Vives había expresado repetidas veces su deseo de que se iniciara la causa de Beatificación. Mas para ello era necesario saber al detalle toda la larga vida de este varón apostólico. Con pacienzuda diligencia logró este éxito el M. R. Padre Ildefonso de Ciáurritz, ex-Provincial de la de Navarra.

Estudióse en Roma el asunto. Redactáronse los *Artículos* sobre los que se calcan los Interrogatorios que son como el nervio del Proceso. Y ya en Septiembre de

1924 pudo iniciarse la Causa en la Curia de Pamplona. En esta Diócesis se han celebrado noventa sesiones, durando cada una de ellas dos horas por término medio. En la Curia de Barcelona se han celebrado cuarenta sesiones de tres horas de duración aproximadamente. Y hoy se trabaja también en las de Sevilla y Valencia.

Quiera el Cielo que veamos en los altares a este egregio apóstol que tantas almas salvó y tanta gloria dió a Dios y a la Divina Pastora en la tierra.

Hemos comenzado la Biografía a grandes rasgos, y la hemos terminado descendiendo al detalle. La pluma se nos ha ido y hemos tenido particular gusto en dejarla correr, aun a riesgo de traspasar los estrechos límites que nos habíamos propuesto.

Los Prodigios

del

Padre Esteban de Aodoain

Prodigio constante

El primer prodigio que salta a la vista es la vida del mismo Padre Esteban, sobre todo durante los treinta años que ejerció su apostolado en América. Porque observando estrictamente y con gran rigor la austeridad de la vida capuchina, sin dispensarse jamás de cumplir el menor detalle, predicaba diariamente no una vez, sino varias, recorriendo a pie o a caballo centenares de leguas cada año, evangelizando países inhospitalarios en climas mortíferos, careciendo de comida, atacado de fiebres, trabajando diez o catorce horas diarias en el confesonario los últimos días de cada misión, sacando cada mes muchos centenares de almas del estado de pecado mortal, sufriendo sin queja alguna las inclemencias del tiempo, sin un mísero solideo que le defendiera la cabeza, sin recibir un céntimo de limosna en América ni por misas ni por misiones, sin llevar más prendas de vestir que el Hábito raído y remendado, con los pies

descalzos, sin otro equipaje que una pequeña alforja y el estandarte de la Divina Pastora, empleando en la oración el tiempo que necesitaba para el descanso, perseguido muchas veces por la impiedad, calumniado, encarcelado, amenazado de muerte y desterrado; pero siempre perseverante en sus trabajos apostólicos, con espíritu gigantesco, como el de San Pablo.

Esto es extraordinario, está sobre las fuerzas humanas; el Padre Esteban no lo hubiera podido resistir sin una ayuda especial de Dios que sostenía sus fuerzas físicas y las fuerzas de su espíritu.

Pero veamos cuál era la fuente de tan heroica fortaleza.

Don de contemplación

El Padre Esteban fué favorecido por Dios con el dón de contemplación.

Los días que se hallaba en el Convento asistía a las tres horas diarias de meditación como los demás religiosos, según la costumbre de entonces; y esto, aunque estuviera dispensado por las leyes de la Orden, que conceden algunos alivios a los Padres en días de trabajos apostólicos extraordinarios.

Pero además era hallado frecuentemente en el coro ya de día, ya durante la noche; de suerte que los religiosos no sabían cuándo descansaba aquel varón de Dios.

Su meditación era tan profunda, que parecía estar

el Siervo de Dios fuera de sus sentidos sin darse cuenta de lo que sucedía a su lado. Y cuando todos los religiosos, molestadísimos por la abundancia de mosquitos, estaban en continuo movimiento de manos y de cabeza, él permanecía inmóvil y siempre de rodillas como si fuera una estatua insensible. En la oración recibió señaladísimos favores de Dios.

Resplandores misteriosos

Durante la enfermedad que sufrió en Sanlúcar de Barrameda y de la que murió, solía levantarse del lecho diariamente a las tres de la tarde, como hemos dicho en la Biografía. Sentado en una silla, escuchaba un párrafo sobre la Pasión de Jesús que le leía Fray Antonio de Antequera. Después, quedábase el Siervo de Dios, solo, cerrados los ventanillos, pero entreabierta la puerta, entregado a profunda meditación.

El prestigioso y cristianísimo caballero Excmo. señor D. Andrés de Hoyos Limón, solía visitar al venerable enfermo todos los días.

Una tarde entró en el Convento en la hora precisa en que el Padre Esteban se hallaba en oración. Iba a entrar D. Andrés en la celda del piadoso enfermo; mas luego de empujar la puerta, se detuvo sorprendido, y presa de la más intensa emoción, retrocedió, y apresuradamente fué a buscar a algún religioso.

Pronto halló a uno de los Hermanos legos; y levan-

tando las manos, exclamó sin poder contener su asombro y admiración: «¿Ha visto al Padre? ¿Ha visto al Padre?... ¡Venga Hermano, venga!...»

A lo que el Hermano contestó: «Sí, señor, sí; yo he visto eso hace unos minutos y lo he visto otros días!...»

Mas ¿qué era lo que habían visto?

En medio de la oscuridad de la habitación aparecía el rostro del Siervo de Dios todo iluminado y circundado de una aureola de suave resplandor que medía unos ochenta centímetros de diámetro.

En la observación de tan extraordinario fenómeno, no hubo engaño posible. La habitación estaba oscura. Por la puerta entraba escasísima luz y no directa, la cual no era suficiente para producir resplandores. No existía espejo o cristal que reflejase la luz y la proyectara sobre el rostro del Siervo de Dios. Y si hubiese habido, el mismo Padre Esteban la hubiera esquivado, ya que prefería oscuridad, obligando por lo mismo a cerrar los ventanillos.

Como el Divino Maestro

Una religiosa Capuchina de recto criterio y de gran virtud, llamada Sor Rosa de Guatemala, la cual vive en el Convento de Mataró, refiere que por los años de 1870, poco tiempo antes de ingresar ella en la Clausura, vió un día al Padre Esteban, camino de la capital de Guatemala, rodeado de tales circunstancias, que era una

verdadera reproducción del Divino Maestro en su entrada en Jerusalén.

Iba el Padre Esteban sentado sobre un jumentillo. Un Hermano lego conducía al humilde animal, llevando el ronzal en la mano. Un gran grupo de personas rodeábale con demostraciones de veneración y afecto. Unos cantaban las letrillas sagradas que él enseñaba a los fieles en sus misiones. Otros besábanle el Hábito. Otros le cortaban pedacitos del mismo. Y todos, mirándose mutuamente, exclamaban con frecuencia: «¡Qué santo es el Padre Esteban! ¿Verdad que es como San Francisco?...».

Y entre tanto el Padre Esteban iba en profunda meditación con los ojos cerrados, con el crucifijo entre las manos, sin darse cuenta de lo que se decía o hacía a su lado.

Nos atrevemos a preguntar: ¿Iba el siervo de Dios fuera de sus sentidos o arrebatado en éxtasis?

La religiosa que esto presencié cree firmemente que sí.

Ruidoso caso de Santa Cruz

En la vida del Padre Esteban hallamos infinidad de casos que nos prueban la eficacia de su oración, la cual siempre iba acompañada de actos de penitencia.

Los extraordinarios éxitos de sus sermones debíanse a su oración, más que a los esfuerzos de su oratoria.

Para comprobarlo citaremos un caso entre los nume-

rosos que pudieran aducirse y qué fueron ordinarios en su vida.

En el mes de Mayo de 1852 predicaba misión en *Santa Cruz*. Esta moderna población de la Isla de Cuba se componía de habitantes extranjeros en su mayoría. El Cura, D. Ramón Rivero, vivía en la sacristía. ¡Nadie tenía un mal piso para él!...

El fruto de los sermones del Padre Esteban era exíguo, casi nulo. Llamados los concubenarios a presencia del misionero, presentáronse en actitud cínica, negándose descaradamente a salir del vicio.

El día 28 estando en el templo ante relativo número de personas, tomó el Crucifijo, dió el estandarte de la Divina Pastora a su compañero y exclamó, usando las palabras del Evangelio: «*Cuando no fuereis bien recibidos, sacudid el polvo de vuestras sandalias y huid a otra parte....* Cumpliendo, pues, el Evangelio, ¡nos vamos!... ¿Qué será de este pueblo? ¿Qué será de vosotros?».

Ambos misioneros se trasladaron apresuradamente a la casa en que se hospedaban. Postróse el Padre Esteban ante la Divina Pastora, lloró, suplicó, prometió penitencias por las que rehusaban hacer los habitantes de aquel pueblo....

No había pasado una hora cuando la población, conmovida, aterrada, se presentó en masa ante la casa de los misioneros con las autoridades a la cabeza, supli-

cando con lágrimas al Padre Esteban que continuase la misión, prometiendo que todos se confesarían.

Inmediatamente los misioneros se trasladaron a la iglesia seguidos de todo el pueblo. Nuestro misionero predicó sobre la misericordia de la Divina Pastora con tal ardor y tan penetrante unción, que nadie podía contener el llanto.

Al día siguiente ¡cosa admirable! fué necesario suspender sermones y pláticas, por tener que dedicar todas las horas a oír confesiones, pues todo el pueblo asediaba a los misioneros pidiéndola con insistencia y con lágrimas.

Este caso fué ruidosísimo, tanto que más tarde los calumniadores del Padre Esteban, tergiversando los hechos, lo tomaron como materia de sus acusaciones.

A la oración de este gran Siervo de Dios se debió la conversión del reo de muerte, Nicolás Marcilla, en la cárcel de Pamplona, que hemos mencionado arriba. A su oración se debió la conversión de la ciudad de *Parapara* en Venezuela en 1843; como se deben muchísimas conversiones y prodigios que registramos en la vida de nuestro egregio misionero.

Éficacia extraordinaria de su palabra

Diversos casos

Un hecho constante se observó en los cuarenta

años de apostolado del venerable Padre Esteban: y es la fecunda eficacia de su palabra, no solo en sus predicaciones, sino en las exhortaciones que privadamente dirigía a almas necesitadas.

Recuérdese lo que dijimos acerca de la facilidad con que logró la reducción de algunas tribus de indios del Apure en Venezuela.

En Caracas obtuvo la conversión de un personaje de calidad, célebre en toda la República, el cual había vivido escandalosamente en el torpe vicio del concubinato.

Durante su viaje de Venezuela a Cuba, en Enero de 1850, obtuvo la conversión de varios herejes norteamericanos de la secta de los cuáqueros.

En Noviembre de 1851 rindióse a las exhortaciones del Siervo de Dios en *El Ramón* (Isla de Cuba) una mujer protestante, de 31 años de edad, natural de Halifax y llamada María Isabel Jupp, la cual había propuesto al Padre Esteban trasladarse con ella al Canadá, donde la misma tenía, según parece, su principal patrimonio. Intentó prender al misionero, y quedó prendida... Bautizóse y abjuró sus errores.

Durante el tiempo que el Padre Esteban predicó misiones en Cuba, el Venerable Padre Claret estimábalo como su mejor auxiliar; y cuando el propio Arzobispo de Santiago no conseguía fruto en algún pueblo, enviaba después al Padre Esteban, cuyo ministerio era coronado con feliz éxito, como aconteció en *El Zarzal* en Agosto de 1852.

En el presidio de Cuba

Los siete mil concubinarios y casi otros tantos divorciados convertidos en la Isla de Cuba por el Padre Esteban son un buen testimonio de la eficacia que Dios concedió a la palabra de este misionero.

No queremos dejar de referir un suceso originalísimo, sorprendente, acaecido también en la Isla de Cuba en el año 1852. Por encargo del Venerable Padre Claret el Padre Esteban fué al presidio de Santiago para preparar a los reclusos a una Confesión y Comunió, que les serviría de cumplimiento Pascual.

Se presentó ante aquellos foragidos el día 28 de Abril. Solo tres días pudo dedicarse entre ellos al sagrado ministerio. Bien pocos para conseguir la empresa árdua que se proponía. Sin embargo, excepción hecha de algunos franceses que no entendían bien el castellano, todos se rindieron ante el Siervo de Dios y se entregaron a él, poniéndose en sus manos incondicionalmente.

El Padre Esteban pidió autorización para sacarlos de la cárcel y llevarlos a la catedral para que se confesaran.

Semejante intento halló gran oposición en el personal de vigilancia del Presidio y en su Director, que lo calificó de temerario y peligrosísimo. Cualquiera daría la razón a aquellos funcionarios. Pero el Padre Esteban estaba segurísimo de la lealtad y docilidad de los presos;

e insistió con tal firmeza y resolución y tan reiteradamente, que no hubo más remedio que concederle la gracia que solicitaba, dejándolo todo a su exclusiva responsabilidad.

El día 1 de Mayo, a las 4 de la tarde abríanse las puertas del presidio. Momentos después el Padre Esteban pasaba por las calles de Santiago al frente de una columna de criminales formados de seis en fondo, en dirección a la catedral. La expectación del público, la sorpresa, la admiración eran enormes. La presencia de aquellas fieras convertidas en corderos que entraban en el templo mayor de la ciudad con la compostura de unos colegiales, hacía llorar. El señor Provisor de la Diócesis había convocado por indicación del Padre Esteban, a doce confesores que ayudaron al Excmo. Sr. Arzobispo y a nuestro misionero en la tarea de absolver a aquellos hombres que imitaban al buen ladrón. Después regresaron al presidio con el Padre Esteban con la misma compostura.

Al día siguiente, al despertar el alba, les preparó para comulgar, celebró la Misa el mismo Padre Esteban, acercándose los presos de seis en seis a la Mesa de los Angeles, y les ayudó a dar gracias.

Al despedirse el misionero, aquellos hombres que jamás habían llorado, no podían contener el llanto.

Diez y seis años en Centro-América

La campaña apostólica que el Padre Esteban realizó en Guatemala y El Salvador desde Noviembre de 1856 hasta Junio de 1872, fué un prodigioso y continuado triunfo de la divina palabra en labios de nuestro egregio misionero. El Padre Cambrils, que refiere algunas de las misiones del Padre Esteban, hace un resumen de ellas en su *Cronicón* diciendo: «*Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia*; donde abundó la inmoralidad, sobreadundó la gracia».

Recuérdese lo arriba mencionado acerca del entusiasmo delirante que despertaba en pueblos que antes de oír su predicación eran indiferentes, inmorales e incrédulos.

Hemos consignado arriba que los Presidentes de las Repúblicas mencionadas llamaban al Padre Esteban y le enviaban a los Departamentos sublevados para pacificarlos. Y en efecto, a súplicas del Presidente D. Rafael Carrera y del Sr. Arzobispo, salió el Padre Esteban con el estandarte de la Divina Pastora desplegado, de su Convento de Antigua Guatemala e hizo un recorrido, como mensajero de paz, por los pueblos de *Santa Rosa*, Mataquesuintla, Jalapa, San Pedro de Pinola, Santa Catalina Mita, Tempisque, Jutiapa, Asunción Mita, Jupiltepeque, dedicando a esta correría apostólica cinco meses: desde Enero hasta Junio de 1858. Fué tan completa la victoria obtenida con el arma de su palabra,

que el Sr. Presidente dirigió una expresiva carta de acción de gracias al Superior del Convento de la Antigua el día 8 de Julio del mismo año.

No fué esta la única ocasión en que el Gobierno de Guatemala hubo de agradecer la intervención pacífica del Padre Esteban en días de alzamientos.

También el Estado de *El Salvador* debió más de una vez al Padre Esteban la paz y la prosperidad de sus pueblos. En la capital, la pacificación tuvo circunstancias ruidosísimas: Una fuerte columna de hombres que en Mayo de 1865 esperaba solo una señal para el alzamiento, abandonó las armas y se rindió ante el Siervo de Dios. Y una feroz mujer, famosa por su bravura y por sus escándalos, que había capitaneado a los facciosos en los combates, prorrumpió en llanto y gritos de angustia pidiendo perdón y confesión.

Más tarde, en la misma ciudad notábase gran agitación a causa del fusilamiento del ex-Presidente Barrios. Fué llamado el Padre Esteban y a los pocos días cesaron los síntomas de nuevo alzamiento. El legítimo Presidente Sr. Dueñas, aludiendo a la victoria que había obtenido contra los facciosos de Barrios en *La Unión*, dijo: «Más que a las armas, débese el triunfo a las misiones del Padre Esteban».

En 1870 soségó los ánimos en los pueblos rebeldes de *San Martín*, Joyabaj, Sacualpa, Canilla, San Andrés Sacabajá, Sacapulcas, Santa Cruz de Chiché, Chinique y Chichitenango.

Reconciliación emocionante

En 1571 los indios rebeldes de «El Volcán» hicieron una irrupción en la ciudad de Santa Ana, incendiando no pocos edificios. La ciudad clamaba venganza y represalias. A petición de la autoridad civil va el Padre Esteban con tres Padres más, e inician una gran misión. Dos Padres trasladáronse a «El Volcán»; y cuando llevaban un mes de intervención pacífica y de sagrada predicación, el Siervo de Dios sale con toda la ciudad de Santa Ana en procesión de penitencia cantando letrillas a la Divina Pastora y van en busca de los feroces indios. Estos aproxímanse a la ciudad guiados por los dos Padres. Indios y ciudadanos únense en el campo y se piden perdón mutuamente, desarrollándose una escena tiernísima que conmovería a las piedras.

En la historia de Guatemala y El Salvador, durante la época a que nos referimos, figura el Padre Esteban de Adoain como uno de los personajes más salientes y de mayor influencia. Y nunca podrá escribirse imparcialmente una página sobre los acontecimientos de aquel tiempo en las citadas repúblicas sin conceder al Padre Esteban el honroso lugar que se debe a los que han sabido encauzar a una nación por el camino del bien y de la paz.

Y pasemos a otro caso particular.

El pequeño Nerón

Para ejecutar el decreto de expulsión de los Capuchinos de Guatemala, fuè designado en Junio de 1872 el coronel D. Valerio Irungaray. Tenía órdenes severísimas del Gobierno masónico: tratar a los Frailes todo lo duramente posible, no fiarse de ellos porque tal vez atentarían contra su vida, conducirlos a pie hasta la frontera de Méjico, fusilar a los Frailes si el público intentaba defenderlos o protestaba tumultuosamente. El coronel no necesitaba de tan draconianas instrucciones, porque era de carácter duro. Se presentó en actitud tan insolente y desconsiderada en el Convento la noche del día 7, que claramente se veía en él un verdugo, no un militar. El Padre Esteban no era el Superior; mas por enfermedad del Padre Segismundo de Mataró que lo era, hubo de dialogar tanto aquella noche como los días siguientes con aquel pequeño Nerón.

¡Cosa inverosímil! D. Valerio cambió de actitud; de tigre se convirtió en cordero. Y aunque el día 8 mandó a una sección de soldados que disparase sobre la muchedumbre por haber sido objeto de una agresión, no sólo no fusiló a los Frailes, sino los trató con toda suerte de consideraciones durante los nueve días que duró la marcha hacia el destierro. Los que conocían el carácter del coronel, preguntaban a los Padres: «¿Qué han hecho ustedes con este hombre para dejarlo más manso que una malva?...»

¡Perdónalos, Señor!...

El día 11 de Diciembre de 1859 llegó el Padre Esteban desde Guatemala a la ciudad de Santa Ana, del Estado de El Salvador. El mismo día comenzó una misión con tres compañeros suyos, misión que era la primera de la serie que le había sido encomendada por el Sr. Obispo don Tomás Miguel Pineda.

Como siempre, el concurso era extraordinario, afluyendo muchedumbres de Sonsonate, Izalco, Metapán etcétera.

El día 25, en el momento en que el Padre Esteban comenzaba su sermón, prodújose en el atrio de la iglesia un estruendo formidable de músicas, cantos, gritos, con que ya habían sido molestados los misioneros la noche anterior.

Al terminar el exordio, preguntó el Padre Esteban al auditorio: «*qué ruido, es ese?...*» Y cuatro mil personas contestaron a una voz, que eran las comedias. Y protestaron contra aquella falta de respeto. El misionero aconsejó que dos señores de los más caracterizados se presentasen al Gobernador pidiéndole que ordenara suspender las comedias, o retirarse los comediantes del atrio.

Así lo hicieron. La misión continuó con gran fruto. El día que predicó sobre el perdón de los enemigos, había en la plaza diez mil oyentes.

El día 31, a las nueve de la noche, presentóse un

caballero al Padre Esteban ordenando de parte del Gobernador y del Presidente D. Gerardo Barrio, que saliera inmediatamente del Estado de El Salvador.

Cuando nuestro misionero salió a la calle con sus tres compañeros, hallaron una compañía de soldados que les obligaron a montar sobre sendos caballos que estaban ya a la puerta. Las bestias no tenían sillas, ni jaez alguno, ni una triste manta, ni freno. Sin duda el capitán de la compañía lo había dispuesto así por temor de que los misioneros intentaran huir para amotinar al pueblo.

A las once de la noche emprendieron la marcha. El pequeño ejército se organizó como si avanzara en país de enemigos: vanguardia, convoy y retaguardia. El capitán había prohibido a los misioneros sacar de la iglesia el estandarte de la Divina Pastora.

Los soldados, escribió el Padre Esteban al Presidente Barrio, no nos faltaron al respeto. Mas el Capitán reunió dos o tres veces la gente y gritó: «¡Viva Barrio, héroe de El Salvador!... y mueran los iníquos que han venido a poner un Gobierno déspota!...» Y los soldados contestaban: «¡Viva Barrio!... ¡Mueran los déspotas!...» Todos estaban con bayoneta armada.

Los misioneros temían, con fundamento, que iban a ser fusilados de un momento a otro, o muertos a bayonetazos.

A las ocho de la mañana llegaron a la frontera de Guatemala, después de una noche de zozobra.

Ante esta conducta del capitán, el Padre Esteban no profirió ni una palabra de protesta, no hizo el menor gesto de desagrado. Durante las tristes horas de aquella odisea, no hizo sino rezar y pedir a la Divina Pastora la conversión de aquellos infelices.

Al despedirse en la frontera, nuestro misionero dirigió la palabra al capitán y a la tropa con frases de tanta caridad y dulzura, que todos se sintieron conmovidos. El capitán reconoció entonces su yerro y pidió perdón a los misioneros, con visibles muestras de arrepentimiento.

El Padre Esteban los bendijo con su crucifijo, diciendo: «¡Señor, perdonadlos, porque no saben lo que se hacen!...»

En su tierra

En el año 1875 el Padre Esteban predicó misiones en Zugarramurdí (Navarra). El idioma que usaba era el vasco, único que entendía el pueblo. Pero el Padre Esteban, que no lo había cultivado desde niño y había tenido que estudiarlo a su regreso de América, mezclaba frases de varios dialectos que eran desconocidos en aquella región.

Buen número de señores Sacerdotes creyeron que el público no iba a entender lo suficiente para penetrar el sentido de los sermones y pensaron que el fruto sería escaso o nulo.

Sin embargo, todos entendieron perfectamente, y

el fruto fué copiosísimo; tanto que no se ha conocido en el norte de Navarra misión de más provecho espiritual y más ruidosa que aquella.

Todos tuvieron esto como un prodigio. Así lo aseguraron los señores D. José Elía y D. José Cabodevilla, Párrocos de Olóndriz y de Arrieta respectivamente, que presenciaron aquella misión y ayudaron al misionero en la tarea de confesonario.

Y vamos a referir otro caso ocurrido en Navarra.

En Diciembre de 1876 predicó el Padre Esteban una misión en la villa de San Martín de Unx. Vivía entonces en la villa un joven médico llamado D. Víctor Saggiés. Tenía este señor la mala costumbre de afear con blasfemias las frases de sus conversaciones. Oyó al Padre Esteban. Sintió en su alma un fenómeno insólito; las lágrimas de compunción humedecieron sus ojos. Se confesó con el Padre misionero. Y desde aquel día no brotó de su boca ni una sola blasfemia.

El que sepa lo difícil que es la súbita enmienda de un blasfemo, sabrá dar a este hecho la importancia que tiene.

Entre republicanos

Con sus predicaciones en Andalucía renovó los tiempos del Beato Diego de Cádiz, según se afirma allí universalmente.

Gran parte del público de aquellas Provincias, que había presenciado o fomentado las algaradas y distur-

bios del republicanismo cantonal, no parecía dispuesto a recibir orientaciones de carácter religioso. A fuerza de constantes y largas propagandas se había creado, no sólo entre las clases trabajadoras, sino entre personas de buena posición social, un ambiente nada favorable a la Religión, a la Iglesia y a sus ministros. Las palabras misión y misionero no se podían pronunciar aun por los años de 1877, sino con riesgo de escuchar protestas.

Sin embargo el Padre Esteban logró insinuarse en todas las clases sociales, despertó simpatías en todo el público. Las misiones que comenzaban con escaso número de personas, terminaban en las plazas, como se dijo en la Biografía, por ser insuficientes las iglesias para contener las muchedumbres que iban a oírle. Sus sermones terminaban casi siempre entre los sollozos y lágrimas de los oyentes. En varias ciudades operóse un cambio saludable y una reforma total de costumbres con la sola palabra de este apostólico varón.

Referiremos un hecho particular acaecido en Sevilla.

Dor un sermón sin gracia....

En el mes de Mayo de 1880, estando gravemente enfermo, con los pulmones mortalmente heridos, con las piernas inflamadas, con el pulso alterado e irregular, recibió obediencia del Comisario Padre Llerena para predicar en Sevilla la Novena de la Divina Pastora.

Uno de los días habló sobre las confesiones y comuniones sacrílegas y sobre la necesidad de evitar la vergüenza en confesar los pecados en el Sacramento de la Penitencia.

El Padre Esteban no era ni sombra de lo que fué como predicador. El sermón hubo de ser desaliñado. Oyéronle el Padre Saturnino de Artajona, que nos refería este hecho, y el Padre Leonardo de Destriana. Ambos habíanse trasladado de Mairena a Sevilla para ayudar al Siervo de Dios en el confesonario. Los dos religiosos mirábanse mutuamente durante el sermón diciendo entre sí: «¡Qué mal va esto! ¡Qué desmayado y qué desconcertado! ¡Este hombre es un cadáver! ¿Qué va a decir el público? ¡Qué desilusión para los que lo han traído!...». Y los dos estaban avergonzados, según confesión del mismo Padre Saturnino.

Mas su sorpresa y su asombro no tuvieron límites cuando al sentarse en el confesonario observaron que todos pedían hacer confesión general con visibles muestras de compunción.

«¿Pero qué le ha movido a V. a hacer confesión general?» preguntaban los Padres a los penitentes.

«¡Ay, Padre, el sermón del Padre Esteban!...» contestaban todos.

Aquello, decía el Padre Saturnino fué un prodigio del Cielo.

Un caso de carácter íntimo

Vamos a consignar ahora un caso de carácter muy íntimo: Un Hermano lego Capuchino, Fray Bernardo de Zugarramurdi, se encontró con el Padre Esteban en un viaje que hizo de Lourdes a Bayona en el mes de Marzo de 1873. No le hizo el Siervo de Dios exhortación alguna de índole espiritual. Sin embargo era tal y tan irresistible el atractivo de su conversación, despedía de sí tal aroma de virtud, que Fray Bernardo se sintió más cerca de Dios y en llegando a Fuenterrabía, hizo con él una confesión general como suele hacerse en los últimos días de Ejercicios espirituales.

Este hecho hemos hallado referido por el mismo Hermano en una carta particular, que sin saberlo él se conservó y se destinó más tarde al Archivo del Vice-Postulador.

Operación de portentos

Horrendas apariciones

He aquí una relación exacta de lo ocurrido durante una misión que el Siervo de Dios predicó en la ciudad de Chalatenango (república de El Salvador) en el año 1867 y que duró desde el día 17 de Mayo hasta el 15 de Julio.

La ciudad de Chalatenango, importante por su comercio, era un nido de corrupción, un asilo de los siete pecados capitales. *Sodoma* la llamó alguien en una carta, refiriéndose a la época anterior a la misión. Reinaban en ella la vagancia, la usura, la embriaguez, el robo, el asesinato, el escandaloso amancebamiento de toda clase de personas, tanto casadas como libres, yendo en esto a la cabeza los que por su posición social estaban obligados a dar buen ejemplo.

Al acercarse el tiempo de la Santa Misión, el Obispo dirigió una Carta Pastoral a los de Chalatenango, exhortándoles a aprovecharse de ella, significándoles que era el último llamamiento de Dios.

Cuando se trató de llevar misioneros, nadie creía en el fruto de la predicación. Se tenía por descontado el fracaso.

Buen número de personas se dedicaban a propalar falsas noticias, a sembrar desconfianzas contra los misioneros, a inventar medios para conseguir el fracaso de la misión; incluso escribieron al Gobierno que los facciosos intentaban un golpe de mano para los días críticos escogidos por los misioneros para la labor apostólica.

Sin embargo, comenzada la predicación, se observó un movimiento de reacción saludable. El auditorio era cada día mayor; tanto, que no cabiendo la gente en el templo, el Siervo de Dios se resolvió a predicar en la plaza ya desde el segundo día. Y sus sermones terminaban entre los sollozos de millares de personas.

No estaba todo hecho. Aquellas lágrimas podían ser estériles. Cuando el Padre Esteban comprendía durante sus misiones que el fruto estaba sazonado, anunciaba la hora y el día en que comenzarían las confesiones. Un mes llevaba de predicación y aún no se atrevió a anunciarlas. Sin duda comprendía que no estaba el auditorio preparado para una confesión sincera y para un propósito eficaz de la enmienda.

El día 20 de Junio predicaba, desde un púlpito preparado en la plaza, a un auditorio de quince mil personas de todas las clases sociales y de todos los estados.

Desarrollaba un tema nada a propósito para impresionar la imaginación. Probaba serena y friamente con textos de la Sagrada Escritura que *la fé, sin obras, no basta para salvarse*.

Aún no había llegado a exponer la mitad de los argumentos, cuando se levantó repentina y simultáneamente un clamoreo general de todo el auditorio, que pedía con gritos de angustia *miser cordia* al señor y a la Divina Pastora.

El Siervo de Dios suspende el sermón, pasea su mirada por el auditorio y observa que unos levantaban los brazos formando cruz, otros pugnaban por abrirse paso y huir, otros se caían desmayados; y todos con el espanto pintado en el rostro continuaban gritando: «¡miser cordia! ¡perdón!...»

Preguntados algunos grupos qué ocurría y por qué manifestaban tal terror, unos contestaban que veían ba-

jar fuego del cielo; otros, que veían apariciones de monstruos horrendos que amenazaban lanzarse sobre la concurrencia; otros, finalmente, que habían aparecido unas figuras horribles con machete en mano.

Afligido el Padre Esteban al ver el terror de que era presa aquella muchedumbre, descendió del púlpito, llamó en su ayuda al Padre Bernardino de Capellades que le auxiliaba como catequista y se situó con él en medio de la plaza gritando: «¡Calma, silencio! ¡Esto no es nada!...»

Viendo que de nada servían las palabras, el Padre Esteban entonó la *Salve* en medio de la plaza; pero tampoco cesaron los alaridos y gritos del público.

Entonces rompió como pudo por en medio de aquella muchedumbre consternada; subió de nuevo al púlpito y entonó el cántico *Perdón oh Dios mío*, invitando a todos a hacer un acto de contrición.

¡Cosa admirable! Desde aquel instante, dice el Padre Esteban en una carta a su Superior, tranquilízanse las agitadas conciencias, vuelve la paz a los espíritus y cesan los alaridos y el llanto; y no se oye más que la voz de los misioneros.

Momentos después corren los más significados incrédulos a la iglesia y a la casa de los misioneros pidiendo confesión.

Este suceso fue ruidosísimo y causó muy honda impresión, no solo en Chalatenango, sino en toda la República de El Salvador, en la República de Guatemala

y en muchos pueblos de Honduras; y durante mucho tiempo fué el asunto de todas las conversaciones.

No queremos discutir aquí la naturaleza del suceso. Pero permítasenos una reflexión:

¿Hay derecho a negar que el Señor quisiera valerse de un medio extraordinario para acreditar la evangélica predicación de tan piadoso misionero y para convertir aquella ciudad tan indiferente?

Las circunstancias abonan a favor de la existencia de un prodigio: Los habitantes de aquella ciudad eran poco propicios a impresiones de carácter religioso. El asunto del sermón no era a propósito para producir exaltaciones de la imaginación y excitaciones del sistema nervioso. El clamoreo se levantó simultáneamente en todos los sectores de aquella dilatada muchedumbre, no por contagio o por comunicación sucesiva de estados anormales de ánimo. El fruto fué muy saludable, sólido y duradero; pues los mayores enemigos de la misión se convirtieron en pregoneros de ella y en apóstoles y propagandistas entusiastas no solo por la ciudad, sino por las aldeas vecinas. Más de veinte días íntegros fué menester dedicar por varios confesores para cosechar el fruto de aquella misión. Legitimáronse seiscientos treinta matrimonios, a los que fué necesario dispensar de varios impedimentos de afinidad ilícita. Volvieron a unirse con sus legítimas esposas los que las habían abandonado por entregarse al vicio. Recaudáronse limosnas suficientes para levantar un hospital. Se adqui-

rió por suscripción una hermosa imagen de la Divina Pastora, fundándose entre la juventud la Asociación de este nombre. Se restauraron las Hermandades de la Santísima Trinidad y de la Virgen del Carmen. Los objetos de gran valor que en medio de la confusión quedaron abandonados en la plaza aquella tarde de tragedia, como anillos, dijes, bolsas de dinero, sombreros, prendas de vestir, zapatos, etc., todo fué presentado lealmente a los misioneros, quienes entregaron a sus legítimos dueños.

La ciudad de Chalatenango con toda su comarca quedó completamente regenerada.

El *Boletín Eclesiástico* de la Diócesis de Pamplona consignó este suceso al publicar la necrología del Padre Esteban a raíz de su muerte; y añade que en la vida de este gran misionero se repitieron sucesos no menos extraordinarios.

Cesan las lluvias

Cuando salió nuestro insigne misionero de su Convento de *Santa Tecla* con el Padre Bernardino de Capellades para la referida misión de Chalatenango, era la época de las lluvias, que en aquel país suelen ser torrenciales.

Decíanle que la misión sería un fracaso. Los caminos estaban intransitables, por hallarse llenos de fango, y a trechos inundados de agua.

Temeroso el Siervo de Dios de que las gentes, in-



diferentes de suyo y poco avenidas con el espíritu de mortificación y poco dispuestas a sufrir las molestias que causan los aguaceros, se abstuviesen de asistir a los actos de la misión, rogó a la Divina Pastora suplicándola fervientemente que interpusiese su valiosísima intercesión para con el Señor, a fin de que cesase el temporal y se serenase la atmósfera.

Comprendía que solicitaba un milagro. Pero creyó que la Divina Pastora no dejaría de escucharle, ya que se trataba del bien espiritual de sus ovejillas.

En efecto: apenas entraron los misioneros en Chalatenango, cesaron las lluvias totalmente durante un mes entero. El segundo mes de la misión llovió algo, pero sólo en las primeras horas de la madrugada; de tal suerte que en breve rato se secaba el suelo con el sol y con el aire, pudiendo por la tarde hacerse la función y el sermón en la plaza con toda comodidad.

Todos los habitantes de la ciudad y de los pueblos próximos a ella consideraron este suceso como milagroso, y lo atribuyeron a la oración y méritos del Siervo de Dios y a su valimiento con la Divina Pastora.

Calla el volcán y cesa el fuego

Lo que vamos a referir aconteció en una ciudad del Estado de El Salvador, muy próxima al volcán de *Izalco*.

No he podido averiguar con certeza el nombre de la

ciudad, ni precisar la fecha. Espero que podré precisar muy pronto ambos extremos.

Predicaba, como de costumbre, en la plaza a un concurso de millares de personas. La voz del Siervo de Dios, que según afirman hoy todos los que tuvieron la fortuna de oírle, parecía la de una trompeta, era suficiente para hacer entender hasta la última sílaba desde largas distancias.

Mas el volcán, que se hallaba en actividad, emitía tales y tan fragorosos truenos, que apagaba y cubría las voces del orador, que en vano se esforzaba por hacerse oír. Por otra parte la lava y cenizas que en gran abundancia arrojaba el volcán tenían atemorizados a los habitantes de la ciudad y de los pueblos próximos, por lo que no pocos se abstendrían de asistir a los sermones.

Impaciente un día el Padre Esteban y contrariado por la probabilidad de malograrse el fruto de la misión, interrumpió su oración sagrada; quedó suspenso unos segundos, durante los cuales sin duda levantó el pensamiento y el corazón hacia Dios, y exclamó luego con resolución y con acento imperioso mirando al volcán y levantando la mano:

«¡Calla!... ¡y deja predicar la palabra divina!...».

Los oyentes quedaron atónitos al ver que el volcán cesó de arrojar fuego en aquel instante, apagando al mismo tiempo el ruido formidable que producía.

Cuando el Padre Esteban increpó al volcán ¿se acordaría del átomo de fe que puede trasladar montañas, y

de que Josué con su fe logró *detener al sol en su carrera*? ¿tuvo presente acaso la promesa hecha por Jesucristo a los que predicarían su doctrina y aun a los mismos creyentes? ¿pensó en un verdadero milagro que el Señor podía operar a favor de aquellas almas necesitadas?

No lo sabemos.

Lo cierto es que la convicción universal de que el misionero era un *santo*, hizo creer a todos que el silencio del volcán fué un prodigio y no una *casualidad*. Y en esta creencia se confirmaron todos cuando observaron que ni un solo día de la santa misión volvió a verse fuego en el cráter ni se produjo un solo trueno hasta después de terminada la serie de sermones que se había propuesto el Siervo de Dios.

Y añaden algunos que el último día de la misión, después de dar la Bendición Papal al pueblo, apostrofó de nuevo al volcán dándole licencia para mostrarse en actividad, y que en efecto comenzaron de nuevo los fenómenos sísmicos del mismo.

Aun hoy refieren este suceso los que conocieron al Padre Esteban en la república de El Salvador y los que fueron discípulos de sus compañeros.

¡Rayo de Dios!...

En el mes de Abril de 1865 predicaba el Padre Es-

teban misión en *Santa Tecla*, importante ciudad del Estado de El Salvador.

Sabía el apostólico varón, que algunos alardeaban de indiferentismo y aún se jactaban de incrédulos, haciendo además pública manifestación de inmoralidad.

Hablando desde el púlpito sobre el dogma del infierno, observó que no causaba la impresión que él esperaba y que estaba acostumbrado a ver en otros auditorios.

En ocasiones semejantes solía tener arranques improvisados que producían conmoción formidable en los oyentes.

Aquel día exclamó con su voz de trueno: «¡Señor! ¿No mostrarás ahora mismo una chispa de tu ira que enciende el fuego del infierno para los pecadores?...»

Y en aquel mismo momento cayó con horrible estruendo un rayo en el mismo umbral del templo.

Ya se deja entender el efecto que causó en la muchedumbre aquella prontitud con que Dios intervino para dar eficacia a la palabra de su Siervo.

Pero no fué esto lo que más impresionó y aterró a los fieles. Allí mismo, en la puerta del templo se hallaban dos jóvenes de diferente sexo que alardeando de estoicismo y perfidia satánica, estaban entregados a torpe placer sensual, a la vista de no pocas personas que desde allí escuchaban al predicador.

¡Oh justicia de Dios!.. El rayo cayó sobre ellos mándolos instantáneamente.



Ⲡ. Ignacio de Cambrils, Ⲡ. Segismundo de Mataró
y Ⲡ. Esteban

Las autoridades acordaron privarles de sepultura eclesiástica. Y en efecto, fueron enterrados en un muladar.

Llanto general, lágrimas y gritos pidiendo confesión, siguieron a esta tragedia.

Detiene el curso de la peste

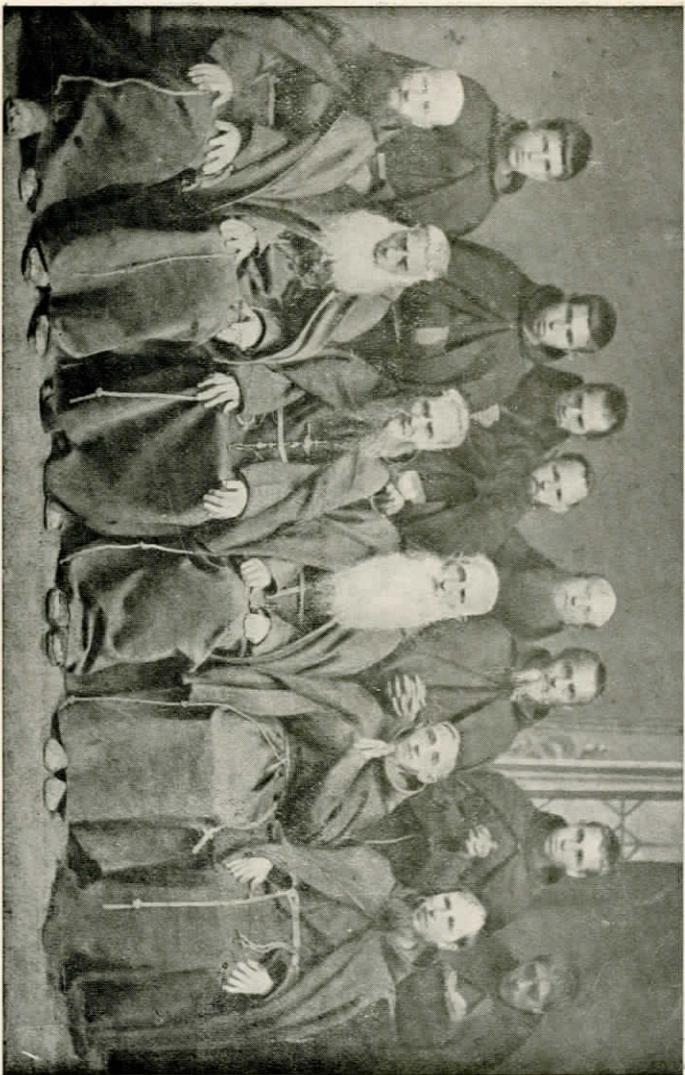
Es admirable lo que sucedió con este hombre de Dios varias veces ya en Cuba, ya en Guatemala durante el más terrible azote que puede afligir a un pueblo, como es el *cólera-morbo*.

En el mes de Noviembre de 1852, hallábase el Venerable Padre Claret predicando una misión en la villa de *Giguani*, distante de Santiago de Cuba veinticuatro leguas y de Bayamo unas siete.

Llamado reiteradas veces desde Santiago, hubo de suspender la predicación y ausentarse de la villa.

Mas antes llamó, para sustituirle, al Padre Esteban, quien terminada el día 16 la misión que daba en *Santa Rita* para los Partidos de La Concepción y Ojo de Agua, pasó con D. Manuel Subirana a Giguani. El día 17 comenzaron su espiritual tarea, siendo el Teniente Gobernador D. Miguel Prat el primero en asistir a todos los actos.

El día 16 se había declarado el *cólera-morbo*, que ya causaba estragos en Santiago, y aun en pueblos próximos a Giguani. Sólo se registraron dos casos en esta



El Padre Esteban con un grupo de religiosos desterrados de Guatemala

villa. Mas el día 17 hubo once muertos. Y día por día iba aumentando el número de víctimas hasta llegar a veintisiete defunciones diarias.

La población se hallaba consternada. Pero el terror y el pánico no tuvieron límites cuando el día 26 del mismo mes, a las tres de la madrugada fueron sorprendidos por un formidable temblor de tierra, que afortunadamente no ocasionó desgracias personales.

El día 21 había caído enfermo el Párroco. El 23 cayó D. Manuel Subirana.

El conflicto del Padre Esteban era gravísimo. Él solo tenía que atender a centenares de enfermos; y tenía que ser el paño de lágrimas de todos los vecinos. Mas fué tal su diligencia y su abnegación que no se le murió ni uno solo sin Sacramentos. De día y de noche estaba entregado al ejercicio de la caridad, recorriendo sin cesar las viviendas, acompañando cadáveres, enjugando lágrimas, confesando moribundos, administrándoles todos los espirituales auxilios.

¡Y aun había mentecatos que para acallar los remordimientos de la conciencia querían convencerse y convencer a los demás de que el cólera-morbo atacaba sólo a las mujeres! cuando todos veían que la guadaña de tan feroz verdugo no respetaba sexos ni condiciones.

El día 24 el Padre Esteban exhortó a todos a asistir a una procesión que recorrería todas las calles de la villa. Lejos de cesar la peste aumentó su furia; fué el día que hubo más víctimas. ¿Por qué? pregunta el Pa-

dre Esteban en sus *Apuntes de misiones*. Por que aque día se cometieron en la villa unos horrosos pecados por hombres lascivos; y no pudo aplacarse la cólera Divina.

A los dos días se repitió la procesión de rogativa llevando la imagen del Patrón del pueblo que era San Pablo Apóstol. Tampoco disminuyó el número de víctimas.

Acojado el celoso misionero, postró se llorando ante la Divina Pastora, que fué siempre su refugio en los días de tribulación. A sus pies tuvo una súbita inspiración.

Anunció para el día 28 una Comunión general y una procesión de rigurosa penitencia tal como él la solía imponer, es decir, a pie descalzo y llevando grandes cruces u otros pesos sobre los hombros, siendo presididos por la Divina Pastora.

No hay que decir que todos los que no se hallaban enfermos acudieron fielmente a los actos anunciados.

Purificaron sus conciencias con una buena confesión, incluso los más indiferentes; comulgaron devotamente. Por la noche organizóse la imponente procesión.

Antes de salir del templo, el Padre Esteban dirigió una vibrante plática, no sin lágrimas en los ojos, exhortando a adultos y a niños a una verdadera penitencia confiando en la Divina Pastora, anunciando que cesaría la peste.

Luego entregó el estandarte de la Divina Pastora a

los niños, cuyas manos y corazones se conservaban puros. Tras los niños iban los adultos. Y se puso en marcha la procesión más lúgubre que se ha visto.

El Padre Esteban con aquella voz que parecía sobrehumana, cantaba con una melodía que semejaba un gemido prolongado: «*¡Mater Divini Pastoris!...*»

Y los fieles contestaban con voz entrecortada por el dolor: «*¡Ora pro nobis!...*»

Después, durante unos momentos de silencio la procesión se deslizaba entre cadáveres envueltos en sábanas o encerrados en ataúdes.

Pocos eran los que no lloraban. Niños había que acababan de perder a sus madres unas horas antes. Mujeres, que tenían el cadáver de su hija o de su esposo en la puerta de casa.

Llegados a la iglesia, el Padre Esteban colocó el estandarte en el centro del altar mayor. Rezó con el público el santo Rosario. Después hizo ante la Divina Pastora una oración que repetía todo el pueblo.

Y todos se retiraron con la firme esperanza de que la Divina Pastora detendría el curso de la peste, como lo había prometido el Padre Esteban.

Y en efecto: aquella misma noche cesó la peste totalmente. No se registró en los días sucesivos ni un solo caso.

El Padre Esteban continuó en Giguani hasta el 5 de Diciembre, día en que hizo una solemne procesión Sacramental en acción de gracias y cantó un solemne *Te Deum*.

Demás está el advertir que el fruto de la misión fué copiosísimo, habiéndose desarrollado en medio de tales circunstancias. Hubo tres mil comuniones. Los 816 amancebados abandonaron su mala vida.

Este mismo prodigio se registró en *Jarei*. El día 6 pensaba trasladarse a Bayamo, donde la peste, según le habían asegurado, estaba causando estragos.

Pero habiendo sabido en la tarde del día 5 que el pequeño pueblo de *Jarei*, perteneciente a la Parroquia de Ginuani, se hallaba consternado por el gran número de víctimas, se resolvió a visitarlo, ya que allí no había sacerdote alguno que atendiera a los moribundos.

No hizo más que poner el pié en el pueblo y ya encontró nueve moribundos tendidos en tierra, hacinados, bajo un mísero cobertizo. Les excitó al dolor, los confesó y les administró la Santa Unción.

Aleccionado el Padre Esteban con lo acontecido en Giguani, acudió sin perder tiempo a la protección de la Divina Pastora. Hizo un recorrido por las calles llamando urgentemente a una procesión de penitencia, prometiendo que cesaría la peste, si le obedecían tan fielmente como los de Giguani.

El pueblo acudió en masa; y aunque consternados y profundamente abatidos, sintieron primero un rayo de esperanza, y después, la completa seguridad de verse libres del terrible azote por la oración del Siervo de Dios y la protección de la Pastorcilla de las almas.

Terminada la Procesión, y llegados a la Iglesia, el

Padre Esteban dirigió a los fieles su ardiente palabra exhortándoles a penitencia. Después se volvió hacia la Divina Pastora, suplicándola, con tiernísimo efecto, que se apiadase de sus pobres ovejillas y puso bajo la protección de tan celestial Madre el Partido de Jarei, nombrándola Patrona del mismo.

¡Cosa admirable! Desde aquel instante comenzó a ceder la furia de la peste. Al día siguiente, el compañero del Padre Esteban, que totalmente curado ya, le había seguido a Jarei, administró solo a doce enfermos; pero no hubo ni una sola víctima del cólera. Y después no se registró ni un solo caso.

El 30 de Enero del año siguiente hallamos a nuestro misionero en el Partido de Jaribacoa, pueblo distante de Manzanillo dos leguas.

Allí aconteció lo propio que en Jarei y Giguani, pero con una circunstancia digna de mención. Había estado en este pueblo poco antes el santo Arzobispo Padre Claret, quien llamó con cariño de Padre y Pastor a los amancebados para que saliesen de su estado de escándalo. La mayor parte despreciaron obstinadamente la gracia divina que el Cielo les brindaba por medio de tan santo Prelado.

Pero ¡oh justicia divina! exclama el Padre Esteban, llegó el terrible cólera y murieron casi todos los amancebados.

Con tan visible castigo del Cielo, el pueblo estaba aterrado; las gentes andaban sin saber lo que hacer, como fuera de juicio.

En estas circunstancias llegó el Padre Esteban con el estandarte de la Divina Pastora, siendo recibido como mensajero del Cielo.

Paseó a la Virgen por todo el pueblo; seguíanle todos poniendo su esperanza y sus ojos suplicantes en aquella dulce Madre, a la que tan tiernamente rogaba y cantaba el Siervo de Dios. Prometieron hacer penitencia, precedida de una buena confesión.

Y súbitamente cesó la mortal epidemia.

Estos brillantes triunfos obtenidos por el Padre Esteban por medio de su celestial Pastora, repitiéronse algunos años más tarde en la República de Guatemala.

En Agosto de 1857 se declaró la peste con furia aterradoradora en la ciudad de la Antigua Guatemala y en no pocos pueblos de la República, según dejamos consignado en la Biografía.

Los indios de Chimaltenango habíanse presentado hasta tres veces en el Convento de Capuchinos de la Antigua, pidiendo que fuera el Padre Esteban con la Divina Pastora.

Movido a compasión salió el Siervo de Dios con su estandarte el día 7 del mismo mes de Agosto. La marcha fué un paseo triunfal. Los habitantes de *El Tejar* salieron a *San Luis* acompañando al misionero. Los de Chimaltenango salieron hasta *San Miguelito*, sin que fuera suficiente para detener sus pasos y apagar su fervor, un formidable aguacero que se desencadenó, inundando los caminos.

Al llegar a las inmediaciones del pueblo, los mismos indios pusieron el estandarte bajo palio y aclamando a la Virgen sin cesar, entraron en la Parroquia.

El Padre Esteban visiblemente conmovido y muy agradecido a los obsequios que hacían a su Pastorcita, les dirigió una fervorosa alocución, prometiéndoles en nombre de la Virgen, que si ayunaban rigurosamente al otro día y asistían a una procesión de penitencia, cesaría la peste que tan sin compasión diezmaba al pueblo.

En efecto: al día siguiente, todos sin excepción, observaron riguroso ayuno, asistieron a la Santa Misa y a los sermones. Se hizo una procesión de penitencia a pie descalzo, llevando grandes cruces, pesadas piedras y enormes leños a cuestas.

Y aquel mismo día desapareció la peste totalmente.

Otro tanto aconteció en *Comalapa*, a donde llegó el día 12. Dos leguas le separaban aún al Padre Esteban de aquel pueblo y ya se encontró con una gran muchedumbre que esperaba a pie descalzo y sosteniendo sobre las espaldas, enormes cruces. A medida que caminaban, iba engrosando la procesión de penitentes con nuevos grupos. Faltábales una legua para llegar al pueblo y ya se hallaban reunidas unas dos mil personas que aclamaban, llorando, a la Divina Pastora y a su misionero.

La colocaron bajo palio y cantando letrillas sin cesar o vitoreándola en medio de sollozos, entraron en la Parroquia. La iglesia era una de las más grandes que

había en Guatemala y sin embargo se llenó totalmente.

Tomó el Padre Esteban la palabra y les dijo que la Divina Pastora iba a visitarles para ser el consuelo en medio de la tremenda aflicción que experimentaban y para ser remedio del grave mal que sembraba el luto en las familias. Pero que la mediación de la Virgen sería eficaz, si se arrepentían de sus pecados haciendo con Ella una procesión solemne de penitencia.

Así lo hicieron aquella misma noche. Y se verificó lo que el Siervo de Dios les había prometido. Desapareció la peste súbitamente, sin más remedios ni medicinas que la presencia de la Divina Pastora en las calles.

Aviso fulminante

En el año 1851, el Padre Esteban predicaba misiones con el Presbítero D. Paladio Currius, en Morón, pueblo de relativa importancia, distante algunas leguas de Santiago de Cuba. Duró la misión desde el 14 de Junio hasta el 4 de Julio.

Cuando el Padre Esteban llegaba a un pueblo en calidad de misionero, la primera providencia que tomaba era visitar al Alcalde o capitán si éste no adelantaba su visita, y pedirle una lista de los concubinarios y otra de los divorciados.

Sabido el número y nombre de todos ellos, les enviaba un aviso suplicándoles acudiesen a la misión y manifestándoles que experimentaría gran satisfacción

si los veía en el templo y más si podía conversar con ellos.

Por lo regular acudían dócilmente y oídas las exhortaciones del misionero, no se negaban a legitimar su situación o a unirse con sus respectivas esposas.

Si no se presentaban, dedicábase a la *busca y captura* de los contumaces. Visitábalos en sus viviendas, les exhortaba con amabilidad. Con tal procedimiento quedaban cautivados; y raros eran los que no se rendían a tan bondadoso misionero.

El Alcalde de Morón presentóle una lista de ochenta y seis amancebados. De los ochenta y seis legitimaron su unión sesenta. Otros prefirieron separarse saliendo del abismo del vicio.

Quedaron no obstante algunos rezagados, bien avenidos con sus pasiones, pero mal dispuestos a avenirse con la perpetua obligación que impone el Sacramento del Matrimonio.

El Padre Esteban clamó desde el púlpito llamando a una sincera conversión. No contento con eso, visitóles en su casa, les habló procurando insinuarse con su habitual dulzura. Todo fué en vano. Ni siquiera se conmovieron ante el edificante espectáculo de las dos Comuniones generales celebradas con tanto fervor, ni ante el ejemplo de los sesenta amancebados que legitimaron su matrimonio con jubilosa solemnidad. Tampoco fué parte para convertirlos la Comunión de niños celebrada el día 3 de Julio; ni el inmenso gentío que

asistió la tarde del mismo día 3 a la función de despedida que duró desde las seis hasta las diez.

El Padre Esteban terminó la misión con la pesadumbre de no poder reducir a aquellos obstinados. Pero rogó por su conversión; suplicó, lleno de esperanza, a la Divina Pastora que se dignase abrir los ojos de aquellos ciegos y conmover su corazón endurecido.

La oración del Padre Esteban no fué desoída por la piadosa Pastora de las almas.

Cuando el Padre Esteban salió de Morón, la Virgen actuó de misionera por modo prodigioso.

Durante la noche dos de los amancebados contumaces descansaban en el lecho, teniendo consigo una criatura. Esta se hallaba sin bautizar, lo que demuestra muy a las claras la malicia o poca fe de sus criminales padres.

Súbitamente cae un rayo sobre la casa, y rompiendo una viga del techo, penetra en la habitación, atraviesa el lecho haciendo pedazos el catre, provocando un incendio que redujo a cenizas no solo el lecho, sino toda la casa, pero quedando ellos ilesos.

Sobrecogidos de terror, caen de rodillas haciendo con lágrimas un acto de contrición. Y al despuntar el alba corren a confesarse, a legitimar su matrimonio y a bautizar la criatura.

Una aparición

Acabamos de decir que la Divina Pastora de las

almas actuó de misionera en cuanto salió de Morón el Siervo de Dios.

En confirmación de esto, referiré otro caso, ocurrido en el mismo pueblo.

A media noche estando descansando dos amancebados dentro de su propia habitación, experimentaron gran turbación y no poca inquietud al notar la inesperada presencia de alguien muy cerca de la cama en que estaban acostados.

Presa de gran zozobra y por ver si había sido ilusión de sus oídos, se fijaron bien; y vieron, en efecto, una señora de aspecto muy venerable que traía un niño en sus brazos.

Cuando la miraban atónitos sin saber cómo ni cuándo había podido llegar hasta la cabecera de la cama, la señora tomó la palabra y les dijo: «Si no legitimáis vuestra unión, os condenaréis!...» Y dicho esto desapareció súbitamente.

Convencidos de que aquella señora era la Virgen Santísima, al despuntar el alba corrieron a confesarse y a casarse legítimamente.

Ellos mismos referían espantados esa aparición y este aviso que la misericordiosa Pastora de las almas les había dirigido.

¡Al agua!

El día 26 de Septiembre de 1877, después de terminar la Novena de la Virgen de los Dolores, predicada en

Sanlúcar de Barrameda (España), se embarcó en el navío *Victoria* para trasladarse a Sevilla por el río Guadalquivir, en compañía del Padre Pedro de Castejón.

Habían colocado los marineros una pasarela que ponía en comunicación el muelle con la nave, para que pudieran embarcarse cómodamente los viajeros.

Muchos de ellos habían pasado ya a bordo, quedando los últimos el Padre Esteban y el Padre Pedro.

Cuando los frailes se hallaban en el centro de la pasarela, ésta, apesar de estar bien segura, cayó al agua inopinadamente, y con ella, los dos pasajeros mencionados, los cuales desaparecieron bajo el agua.

Al caer no se le ocurrió al Padre Esteban sino una exclamación de súplica, una jaculatoria.

Muchos creyeron que los desgraciados perecían sin remedio, porque la marea era muy alta y mucha la profundidad. Los Hábitos, con el golpe y con la fuerza de las aguas que les salpicaron, quedaron empapados, siendo un enorme peso que les retenía en el fondo. Todo esto, y la agravante de que ninguno de los dos sabía nadar, hacía imposible la salvación.

Sin embargo, a los pocos instantes apareció el Padre Esteban asido a un hierro del navío, juntamente con el Padre Pedro. El Siervo de Dios no perdió la serenidad; en cuanto sacó la cabeza del agua dijo a su compañero: «¡Padre Pedro, aún vivimos y hemos de vivir para hacer guerra al diablo!...»

Mientras ambos religiosos estaban asidos al navío,

un marino, llamado José Otero, se lanzó al agua y pudo salvar al Padre Pedro. Y finalmente, agarrando al Padre Esteban por la barba, lo arrastró también hacia el muelle.

El Padre Pedro de Castejón, religioso muy sensato y de gran prudencia y virtud, solía referir este lance, asegurando que el haberse salvado era un verdadero milagro, debido a los méritos y oración del Padre Esteban. Y asegurábalo con tal firmeza y con acento de tan profunda convicción, que no era posible dudarlo.

Cuando todos estaban sobre el muelle, don Andrés Limón, que se hallaba presente, premió el caritativo rasgo del marino poniéndole en la mano una moneda de veinticinco pesetas.

Los circunstantes, viendo a los dos religiosos tan empapados de agua, aconsejábanles que abandonasen su proyectado viaje y se mudasen de ropa para evitar el peligro de una pulmonía, de un catarro, etc. Algunos ofrecíanles sus casas como más próximas al muelle, y hubieran considerado como una honra si el Padre Esteban hubiese aceptado el ofrecimiento.

Mas el Siervo de Dios lo rehusó cortesmente, asegurando con firmeza que no iban a sufrir el más leve quebranto de salud. Y se trasladó a la nave con sus compañeros, quedando todos muy edificados de su espíritu de sacrificio y abnegación.

El Padre Pedro afirmaba que no sufrieron el más leve catarro.

Curaciones

En Sanlúcar de Barrameda se tiene reminiscencia de dos curaciones realizadas en aquella ciudad por los años de 1879. Es muy de lamentar que se hayan dejado olvidar ciertos detalles de estos sucesos extraordinarios. El Padre Ildefonso de Ciáurritz menciona uno de ellos en la *Vida* del Padre Esteban. Y lo refieren algunos religiosos de aquel tiempo.

El barrio en que se verificó uno de ellos estaba muy necesitado de un portento del Cielo. Abundaban en él las miserables viviendas de campesinos, clases trabajadoras, entre las que habían sido reclutados buen número de hombres como núcleo del republicanismo cantonal, engañados por algunos advenedizos vividores sin conciencia.

El Padre Esteban visitaba aquellas calles, hablaba con los más humildes y pobres, procurando atraerlos suavemente a buen camino. Compadecíase de sus miserias materiales y morales. Cuando oía una blasfemia o una frase irreverente, no se mostraba indignado; acercábase al blasfemo o al que alardeaba de incredulidad, echábase la mano al hombro como a un amigo; y con una sonrisa, con una mirada dulce, con una frase de cariño, lo dejaba desarmado aunque pareciera un pérfido Judas, y ganado y conquistado para siempre.

Con semejante procedimiento, añadido a la fama de misionero y de hombre de gran virtud que gozaba,

llegó a ser popularísimo. Ya no había quien no lo venerase con sinceridad. Cuando pasaba por la calle, los que estaban sentados a las puertas de los cafés, levantábanse y permanecían de pie y descubierta la cabeza hasta que el Padre había avanzado un buen trecho; lo cual no hacían con ningún otro fraile o sacerdote.

Iba desapareciendo el recelo y hostilidad con que allí se acogía todo lo que tuviera carácter religioso. Pero era necesario un golpe de la gracia divina. Y el Señor no lo negó.

Una pobre mujer que habitaba en la Calle de Jerez, hallábase gravemente enferma. Había oído muchos sermones al Siervo de Dios, sobre todo los de la misión predicada en la misma ciudad de Sanlúcar en Abril de 1877. Había admirado la eficacia irresistible de su palabra. Lo había visto muchas veces por la calle con aquel continente tan modesto y de tanto atractivo. Había observado que toda la ciudad veneraba al Padre Esteban, que todos lo amaban como a padre y lo consideraban como un santo. De labios de algunos religiosos había oído el relato de no pocos prodigios operados por el Siervo de Dios en sus misiones de América.

Pensó la pobre paciente, como la Cananea del Evangelio, que si conseguía recibir una bendición del Padre Esteban, o a lo menos besar su mano o su Hábito, el Señor la concedería el beneficio de la salud por los méritos de su Siervo. Y se decidió a llamarlo. La fe de las almas sencillas abre el corazón de Dios.

El Padre Esteban fué avisado para visitar a una enferma grave. Como siempre en tales casos, se dispuso a salir del Convento tomando un compañero.

Mas primero postróse ante el Sagrario en el Coro bajo, según tenía por costumbre siempre que había de salir de casa. Oró por sí y por la enferma a quien no conocía. Y emprendió su camino hacia la calle de Jerez, después de rezar una *Ave María* en la puerta del Convento.

Llegado que hubo el Padre Esteban a la casa, la pobre paciente, llena de esperanza, pidióle la bendición. Mas el Siervo de Dios la persuadió a que se arrepintiese de todos los pecados de la vida pasada y se confesase.

Antes de despedirse, la dirigió una exhortación, animándola a tener mucha confianza en Dios, en cuya mano está la vida y la muerte, la salud y la enfermedad. Y le dió su bendición.

¡Cosa rara! Desde aquel momento experimentó la enferma notable mejoría, que fué acentuándose rápidamente, desapareciendo en breve rato la gravedad. Al día siguiente la mujer estaba completamente sana.

Este hecho contribuyó no poco a levantar la fe del pueblo.

La otra curación de la que se tiene un recuerdo vago, acaeció también en Sanlúcar de Barrameda. El Padre Esteban, según tenía por costumbre, exigió a la paciente que se confesase. Después le hizo la señal de

la cruz sobre el pecho. Y enseguida se inició la mejoría y sobrevino la salud rápidamente contra la esperanza de los médicos.

Otros portentos

Aparte de los hechos extraordinarios que acabo de enumerar, hay otros en la vida del Padre Esteban en los que parece que no intervenía él; pero independientemente de este egregio misionero actuaba el Cielo para confirmar su predicación.

Enumeraré sucintamente sólo algunos, de cuya autenticidad respondo plenamente.

Predicando el Padre Esteban una misión en Sagua de Tanamo (Cuba) del 20 de Diciembre de 1851 al 11 de Enero del siguiente año, uno de los concubenarios llamado por el Siervo de Dios, lejos de presentarse, se burlaba públicamente del misionero. El Cielo volvió por la honra del Padre Esteban.

Estando trabajando aquel infeliz en su huerta, se sintió acometido de un grave dolor. La mujer, cómplice de sus desórdenes, le dijo: «¡Ven a la cama!!» Y apoyado en ella entró en casa y se acostó. Luego comenzó a gritar que se moría. Van a buscar al Párroco; mas antes que llegara, murió el concubinario presa de desesperación, quedando con la lengua fuera y completamente negra. El señor Cura se horrorizó al verlo. Y consideró aquella muerte como un gran castigo del Cielo.

En el *Aserradero* (Isla de Cuba) uno de los concubenarios, después de oír un sermón del Padre Esteban, dijo a la joven con quien vivía escandalosamente: «No te espantes de las amenazas del Predicador. Dame un abrazo». Y la abrazó en presencia de muchas personas. Pero en el momento mismo cayó muerto repentinamente. Sucedió esto en Mayo de 1853.

Y el 28 de Agosto del mismo año, al tiempo en que terminaba la misión en *San Andrés*, mientras los fieles cantaban letrillas de despedida a la Divina Pastora y el Padre Esteban daba la Bendición Papa!, un joven y una muchacha burlábanse de la piedad de la gente y del misionero, causando indignación en los que los veían. Aquella misma noche murieron los dos repentinamente. Esto causó gran terror en todo el público; y todos lo tuvieron por un castigo de Dios.

Durante la misión de *Giguani*, predicada por el Padre Esteban desde el 16 de Noviembre hasta el 6 de Diciembre de 1852, cierto hombre lascivo, después de oír el sermón del Siervo de Dios, dijo a una mujer en la calle oyéndolo el Párroco: «Espérame en tu casa, que luego voy a despedirme de ti...» En efecto: fué a casa de ella, ofendieron a Dios torpemente durante la noche. Pero el Cielo tomó venganza de tanta malicia y obstinación. Porque él murió instantáneamente al lado de ella a la una de la madrugada; y la mujer murió a las dos, o sea, una hora después.

Terminada una misión predicada por este Siervo de

Dios en Guaninicum Leonart, del 4 al 20 de Julio de 1851, uno de los amancebados que se resistió a abandonar su mala vida, fué sorprendido por muerte repentina, durante la noche, en el mismo momento del pecado. La malvada mujer lejos de reconocer en esta tragedia un castigo de Dios para aquel deshonesto y un aviso para ella, inmediatamente se alió con otro hombre con intención de continuar entregada al vicio. Mas también ella recibió su castigo. De los brazos de su amante fué empujada por muerte instantánea al Tribunal de Dios.

El día 18 de Abril de 1852 se celebraba una Comunion general en la cárcel de Santiago de Cuba, después de tres fervorosas pláticas que en tres días predicó a los presos el Padre Esteban. Dos de ellos que rehusaron confesarse y cumplir con Pascua, matáronse mutuamente a puñaladas en el momento en que sus compañeros comulgaban devotamente.

Cuando el Padre Esteban predicó la misión de Caney, uno de los concubinarios que se había presentado al misionero y había consentido en que se publicasen las proclamas para legitimar su matrimonio, pesaroso del buen paso que comenzaba a dar, huyó permaneciendo en estado de pecado mortal, con escándalo de todos. Encontróse con el Padre Esteban en Güira en Mayo de 1852, y también rehusó casarse canónicamente. Antes de terminarse la misión, murió repentinamente.

Durante la misión que predicó en Chiquimula (Gua-

temala) hubo un grupo de gente joven que alardeaba de indiferentismo y de inmoralidad. Despreciando la misión, organizaron un baile. El organizador de aquel atrevido grupo estaba cantando una copla deshonesta en el momento de más alegría. Pero con gran terror de todos, cayó muerto repentinamente. Sus amigos y amigas salieron del local a la carrera, avergonzados de su propia malicia y temblando ante la cólera divina. Sucedió esto en Abril de 1861.

En *San Agustín* de Acazaguatlán, luego de terminarse la misión, murió repentinamente un hombre que diariamente se había burlado de los actos del culto y de nuestro misionero, hablando de él para desacreditarlo. Registróse este suceso en Marzo de 1861.

En *Asunción Mita* ocurrieron tres sucesos trágicos de parecida índole en Mayo de 1858.

Predicciones o anuncios inexplicables

La inundación de San Fernando

Al dirigirse el Padre Esteban a la región del Apure, en Venezuela, con intención de evangelizar a los indios en 1843, detúvose en la villa de *San Fernando* unos

días predicando una misión que comenzó el día 6 de Abril.

El misionero puso en juego todo su celo que era grande.

El pueblo asistía en masa a los sermones, dando muestras de que le agradaba la predicación del padre Esteban. Pero muy poquitos eran los que se resolvían a confesarse. Una actitud de frialdad desconcertante era la respuesta que daban a las excitaciones del Siervo de Dios.

Profundamente apenado éste, sintióse movido a increpar al pueblo como increpó Jonás a Nínive.

Anunció un castigo del Cielo, si no abandonaban aquella indiferencia y no comenzaban el camino de la virtud con una buena confesión. El pueblo no se conmovió. Y el anuncio del Siervo de Dios se cumplió.

A los pocos meses se desbordó el río Apure en proporciones desconocidas hasta entonces: inundó los campos, rompió los diques; invadió la ciudad, derribó las viviendas; y los vecinos tuvieron que salvarse huyendo en canoas.

Al fuego devorador

El día 24 del mismo mes y año llegó a *Achaguas*. No era el fin del viaje, pero detúvose unos días para predicar, con el Padre Julián de Hernani, a aquellas pobres gentes abandonadas.

Unos cuantos hombres lascivos que comerciaban

con la inmoralidad, opusieron tenazmente al éxito de la misión. Primero sembraron entre el público recelos y desconfianzas contra los misioneros diciendo que estos maltrataban mucho a los que iban a acusarse de sus pecados. Después propalaron calumnias, afirmando que los dos habían sido arrojados de Europa por revoltosos, vagos y truanes.

Viendo que este medio no producía tanto resultado como ellos esperaban, organizaron un baile, trabajando por arrastrar a él toda clase de personas.

El Padre Esteban amonestóles una y otra vez. Pero sus avisos fueron estériles. Cada día la oposición de aquellos malvados iba siendo más descarada y la guerra más abierta y más dura.

En vista de esto, una noche, desde el púlpito que se había levantado en la plaza, el Padre Esteban refirió el ejemplo rigurosamente histórico de una impía mujer que en Nápoles, después de muerta, atestiguó en presencia del Beato Francisco de San Jerónimo y de gran concurso, su propia condenación. Referido el ejemplo y hecho un fugaz comentario, y luego una apología breve de algunas verdades de la Religión contra las que hablaban aquellos libertinos, exclamó con acento aterrador: «*Quis ex vobis poterit habitare cum igne devorante?... ¿A cual de vosotros le tocará caer al fuego eterno?...*» Y luego con lágrimas en los ojos anunció un castigo de Dios que se iba a cumplir muy en breve.

Aquel anuncio hecho con acento profético, causó

gran impresión en la gente de buena voluntad y de espíritu sencillo. Pero no conmovió a los culpables.

El castigo se cumplió. Antes de ausentarse los misioneros, el director de aquella banda de Lucifer murió repentinamente sin sacramentos.

Demás está el decir que todos se convencieron de que Dios estaba con los misioneros; y que el fruto de la misión fué copiosísimo.

Como herida por un rayo

El día 11 de Mayo llegó el Padre Esteban al interior de la Provincia del Apure deteniéndose en el lugar que se denominaba *El Palote*.

Muchos de los indios, aunque hacía unos treinta años que no habían visto un misionero desde que fueron expulsados o asesinados los Capuchinos que los evangelizaban, no obstante eran cristianos y conservaban sus creencias, aunque no las buenas costumbres.

Cuando llevaba algunos meses entre ellos catequizándolos, moralizándolos, y reuniéndolos en pueblos, observó que algunos empeñábanse en vivir en torpe concubinato con grave injuria del Sacramento los que eran casados, o con grave escándalo los que eran solteros.

Prohibió el Padre Esteban que nadie prestase albergue a los concubinarios, amenazando con inmediato castigo del Cielo a los que amparasen a tales escandalosos.

Terminado el sermón, una pareja de las de mal vivir fué despedida de una casa. Dirigense él y ella a otra vivienda, solicitando alojamiento. La dueña de la vivienda, despreciando la orden y amenaza del Siervo de Dios, los admitió, sin duda arrastrada por la codicia.

Pero en el momento mismo en que entraban aquellos escandalosos, la desdichada dueña cae en tierra como herida por un rayo, muriendo repentinamente.

¡Mañana mismo!...

Predicaba una misión este gran Siervo de Dios en la ciudad de *Santa Tecla* (estado de El Salvador) en el mes de Mayo de 1865.

Comentando un día en el sermón la conversión y lágrimas de Santa Magdalena, fué interrumpido por las voces de una mujer que clamaba en medio del auditorio: «¡Padre, quiero confesarme... que soy gran pecadora!...»

En efecto, era una joven que con sus desórdenes tenía escandalizada a toda la ciudad.

Al terminar el sermón, sentóse el Padre Esteban en el Confesonario. Acercósele ella sollozando. Acabada la confesión, el Padre le dijo que era necesario que se casase; pues sin sujetarse con ese santo Sacramento, no confiaba en su perseverancia.

Contestó ella que estaba dispuesta a obedecer; pero que no habría hombre que quisiera unirse con una mujer de tan pésimos antecedentes.

«Sí, lo habrá;» replicó el Padre Esteban. «Mañana venga usted a primera hora a la puerta del templo. El primer caballero que llegue al atrio, se casará con usted.»

Muy de madrugada estaba la joven en el atrio con la zozobra que ya se deja entender. No tardó en llegar a buen paso un hombre, que dirigiéndose hacia la puerta del templo, se disponía a entrar en él. Y viendo a la muchacha, la saludó sin detenerse.

Esta contestó al saludo; y luego añadió: «¡Caballero! el Padre Esteban, con quien ayer me confesé, me dijo que el primer caballero que entrase hoy en esta iglesia unirá su suerte a la mía por medio del Sacramento del Matrimonio.»

—¿Y soy yo el primero? repuso admirado el joven.

—Hasta ahora no ha venido nadie, sino el Padre Esteban, contestó ella.

—La palabra de ese apóstol es palabra de Dios, observó el caballero. Y añadió: Vamos a ver al Padre Esteban.

Verificóse inmediatamente la conferencia. Y el último día de la misión el Siervo de Dios bendecía aquel matrimonio, que vivió ejemplar y felizmente.

El Comandante de Escuintla

Del 9 al 26 de Diciembre de 1869 el Padre Esteban predicaba misión en Escuintla (América Central).



El Comandante que era la única autoridad de la población, opúsose cuanto pudo a la misión, diciendo que amenazaba un alzamiento. No consiguiendo impedirla, trabajó por malograr su fruto. Y tuvo una idea satánica. Publicó un bando diciendo que todo varón de más de 18 años que se viera por las calles, sería reclutado para el ejército.

El Padre Esteban se informó de que no había tales señales o síntomas de revolución. Allí no había sino que el Comandante debía tener muy enredada su conciencia y no quería despertar remordimientos en ella; y probablemente tendría temor de que se le escapase de los brazos la presa con la que vivía enredado. Y decimos probablemente, porque eran por allí muy comunes los casos de esta índole.

El ardid del Comandante produjo resultados; pues los hombres de los pueblos próximos y aun los del mismo Escuintla no osaban salir de casa. A la misión asistían solamente las mujeres.

El Siervo de Dios habló con el Comandante, hizo mil esfuerzos para persuadirle a que abandonase su actitud de réprobo. Todo fué en vano. Anuncióle un severo castigo del Cielo, si perseveraba en su diabólico propósito. Pero rióse de ello el Comandante.

El Padre Esteban abrevió la misión. El día 27 salió de Escuintla. No hacía dos horas que el Siervo de Dios había abandonado la ciudad, cuando el Comandante

murió repentinamente, siendo presentada su alma ante el Tribunal de Dios.

Cuando el Padre Esteban regresó al Convento, preguntáronle los religiosos por el fruto de la misión de Escuintla. Y el Padre contestó: «El fruto lo ha hecho el Comandante....»

No naufragaremos

Durante el viaje que hizo el Padre Esteban con sus compañeros de destierro desde Guatemala a San Francisco de California en el vapor norteamericano *Sacramento*, levantóse una furiosa tempestad.

Andaba el Capitán de una a otra parte dando órdenes a la tripulación, pues el navío corría peligro.

Los pasajeros eran presa de gran angustia.

El Padre Esteban retiróse al camarote habilitado para capilla. y oraba con los brazos en cruz.

Fué hallado por el Capitán en esta actitud y dióle un grito diciendo: «¡Padre! ¡El barco se va a pique!...»

El Siervo de Dios contestó con calma: «No naufragaremos. San Francisco y Santo Domingo protegerán a sus Hijos...»

Y continuó orando con los brazos en cruz.

Edificado de la virtud del Padre Esteban y cautivado con su trato, se convirtió un protestante, que como todos los pasajeros atribuyó a los méritos y oración del Siervo de Dios la salvación del navío.

Anuncia la fecha de su muerte

El médico señor Rocafull, que asistía al Padre Esteban durante su última enfermedad y que lo veneraba como a santo, asegura en un escrito, que el Siervo de Dios predijo con toda exactitud la fecha y hora de su muerte dos días antes de acaecer ésta.

Pero además hay indicios que nos confirman en la creencia de que el Padre Esteban sabía la fecha de su muerte con mucha más antelación.

En el Otoño de 1879 hizo la Visita Pastoral a los Conventos de España y al de Bayona.

Al llegar al Convento de Montehano (Santander), un religioso joven llamado Fray Luis de Masamagrell (que hoy es Obispo de Segorbe) practicó con él un acto de caridad lavándole los pies.

Mientras el buen religioso realizaba acto de tanto mérito, el Padre Esteban le dijo: En el convento de Masamagrell me han suplicado mucho que envíe a Vuestra Caridad a aquella Comunidad. No me es posible enviarle. Pero irá después de mi muerte.

En efecto, el Padre Esteban murió en Octubre de 1880. Y en 1881 Fray Luis fué enviado a Masamagrell por el Rmo. Padre Llevaneras, por consejo de los médicos, pues se hallaba sumamente delicado de salud.

¡Piedras tendréis!...

En Noviembre de 1876 el Padre Esteban predicaba

una misión en la villa de Lumbier (Navarra). Fué recibido el día 12 con gran solemnidad.

Los lumbierinos y los fieles de pueblos próximos asistían a los sermones dando muestras de gran piedad y con extraordinarias señales de contrición.

En la villa vivían algunos anticlericales que habían militado durante la campaña carlista en el grupo de los *forales*.

Los forales que también eran llamados *peseteros*, eran reclutados por la Diputación Foral y Provincial de Navarra, la cual organizó unos tercios para ayudar a las tropas liberales.

A los *forales* iba lo peor de cada pueblo. Durante la guerra distinguieron por sus fechorías. Y después de ella continuaron sus turbulencias y camorras, y no se hallaban bien sin provocar escenas sangrientas, perturbando a diario la paz de los pueblos.

Varias tentativas hicieron los ex-forales de Lumbier y sus amigos para malograr la misión, sin que las autoridades tomaran medida alguna para reprimir los desmanes de aquellos revoltosos.

Viendo éstos que nada conseguían y fiados por otra parte en la impunidad, una noche agredieron a pedradas a la procesión que se dirigía, acompañando al misionero, desde la iglesia parroquial hacia la casa del Beneficiado Fray Felipe de Estella, en la que se hospedaba el Padre Esteban.

Santamente indignado éste, y comprendiendo que

Dios no podía dejar impune semejante acto de impiedad, anunció una general expiación como castigo del Cielo. Y levantando su crucifijo, exclamó:

«¿Piedras queréis? ¡Piedras tendréis!...»

Y en efecto: durante varios años continuos los campos de Lumbier fueron arrasados con formidables pedriscos, que hacían recordar la profecía del Capuchino.

Los que hemos pasado nuestra infancia en Navarra, oíamos comentar este suceso considerándolo como profecía de un santo, sin que nadie pusiera en duda el carácter providencial del mismo.

Mas ocurre una pregunta: Siendo pocos los culpables, ¿por qué había de alcanzar el castigo a toda la villa?

No es propio de este lugar discutir esto. Pero quiero recordar que los ultrajes públicos a la Religión, al culto o a sus ministros y la negligencia de las autoridades en reprimir actos de impiedad, suele castigar el Señor con penitencias públicas, como vemos en los Sagrados Libros. No debe olvidarse que por un pecado de David fué castigado todo Israel con la peste.

No perseveraréis

En el mes de Enero de 1879, predicaba el Padre Esteban una misión en la ciudad de Paradas (Andalucía), despertando el mismo entusiasmo y produciendo el mismo fruto que en todas partes.

Tres jóvenes, edificados de su abnegación y movidos por la unción con que predicaba, se presentaron ante él manifestándole su deseo y propósito de ser Capuchinos.

El Padre Esteban recibiólos con amabilidad, pero mirándoles al rostro, dijo dirigiéndose a uno de ellos: «Tú perseverarás; pero estos otros dos, aunque tomen el Hábito no perseverarán.»

En efecto: los tres ingresaron en el Noviciado de Sanlúcar de Barrameda. Pero a los pocos meses salieron los dos de quienes dijo el Padre Esteban que abandonarían la Orden.

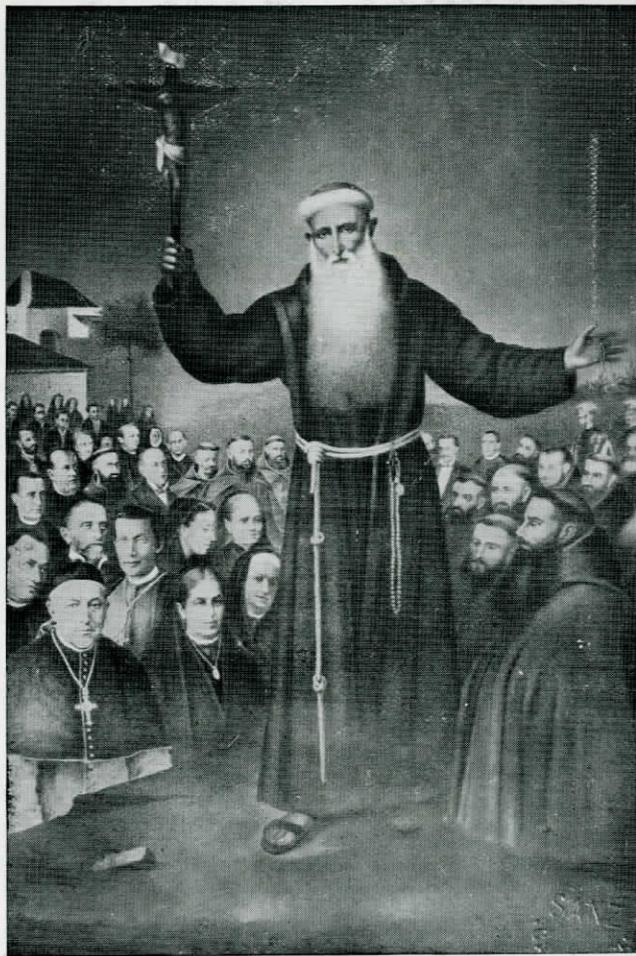
El otro persevera aún en Sanlúcar. Es un religioso anciano de gran virtud llamado Fray Rafael de Paradas.

Penetración de pensamientos y de cosas ocultas

Confesaros y consultaremos

Con frecuencia iban personas de todas las clases sociales a consultar con el Padre Esteban asuntos de índole material, pidiéndole al mismo tiempo oraciones.

No pocas veces aconteció que le visitaban con este objeto algunos caballeros al parecer de vida ejemplar. El Padre Esteban les miraba un momento al rostro y



El Padre Esteban predicando

(De un cuadro dibujado por D. Andrés Simón)

les decía: «No acertará usted en este negocio ni gozará usted de la protección de Dios, si no se confiesa primero....»

Como era natural, le replicaban que no venían para eso; que eso lo harían otro día con más sosiego y mejor preparación. Mas el Padre negábase cortesmente a tratar asunto alguno hasta después que se confesaban y se ponían en gracia de Dios. Después los mismos interesados aseguraban que el Padre Adoain les había leído la conciencia.

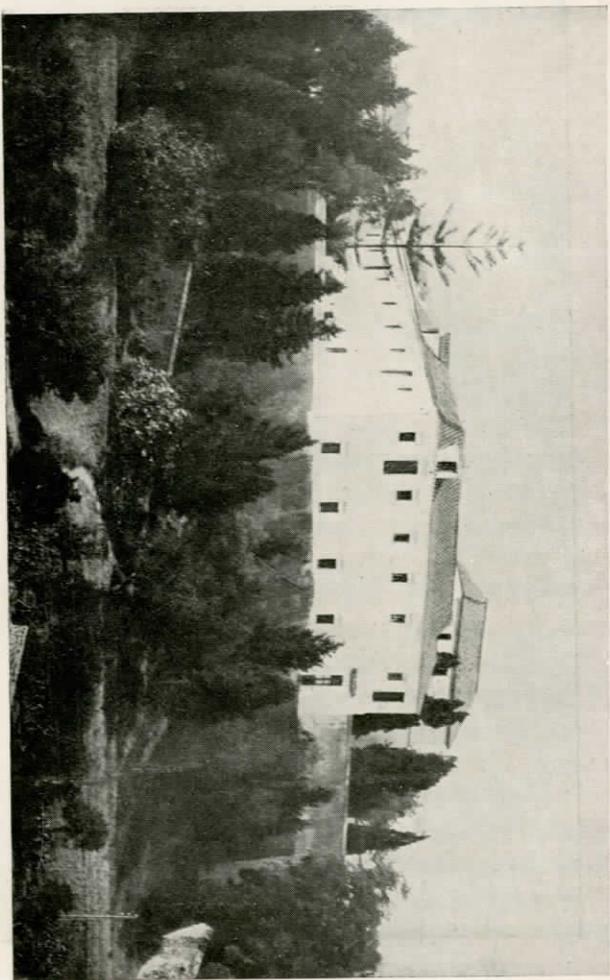
Los famosos concubinarios

Ya hemos dicho arriba que cuando el Padre Esteban iba a predicar misión a un pueblo cualquiera, la primera providencia que tomaba era pedir al Alcalde la lista de concubinarios y de divorciados. Esto practicaba en América, porque era absolutamente necesario en aquellos países en que ejércia su sagrado ministerio, y en que había tanto abandono.

En algunos pueblos, los Alcaldes entregábanle listas inexactas, con intención de engañar al Siervo de Dios.

Pero el Padre Esteban examinábala unos momentos. Y luego devolvíala al Alcalde diciéndole: «Esta no es la lista verdadera. Hágame otra. Y ¡cuidado con tratar de engañarme!...» Y no cesaba de insistir hasta que le entregaban la lista completa que sumaba cien, doscientos o trescientos concubinarios escandalosos.

Convento de Sanlúcar de Barrameda, en que murió el Padre Esteban



En una ocasión en que no pudo conseguir una lista exacta, él mismo se dedicó al hallazgo de aquellos seres que vivían sumidos en el abismo del vicio, quedando todos admirados de cómo el misionero consiguió descubrirlos y sacarlos de sus mismas guaridas.

Solo en Cuba legitimó en poco más de cinco años, seis mil matrimonios, siendo muchísimos los concubina-rios que prefirieron separarse. Durante los tres primeros años de su estancia en Guatemala predicó cincuenta y una misiones y legitimó cuatro mil matrimonios.

Razón tenía el Venerable Padre Claret cuando escribía *que el Padre Esteban poseía habilidad especial para sacar a los pecadores de su mala vida.*

La muerte de su padre

Estando en Holguín (ciudad de Cuba) en Agosto de 1853 recibió carta de su hermano don Martín Marcuello, quien desde Adoain le escribía dándole noticias de casa, pero comunicándole una muy triste: la muerte de su padre.

La carta hubo de llegarle al Padre Esteban con tres meses de retraso, porque el misionero no tenía residencia fija. Andaba en Cuba como Jesucristo en Palestina. Nunca estuvo más de un mes en un mismo pueblo, excepto el año 1850 y el 1856.

Al contestar a su hermano, le decía que *hacía ya tiempo*, es decir, antes de llegarle la carta, *encomenda-*

ba a su padre como difunto. No explica qué era lo que le movía a encomendar a su difunto padre antes de recibir la noticia. Pero bien claramente se ve no tenía solo *sospecha* sino verdadera *certeza*.

Juzguen los lectores si hay en esto algo de extraordinario.

El resto de la carta es edificantísimo. Trata de consolar a su buen hermano exhortándole a la paciencia y a la conformidad con la voluntad de Dios.

Quema... pero conviértete!...

Un día que predicaba el Padre Esteban en la ciudad de Santa Tecla, cierto joven con ribetes de cultura, pero muy libertino y de ideas revolucionarias, cuya concubina había sido convertida por el Padre Esteban, entró en el templo para oír el sermón, no con deseo de aprovecharse, sino acuciado por la curiosidad y con intención de comprobar si era cierto lo que de aquel hombre de Dios se decía. Iba acompañado de dos o tres amigos de la misma laya.

Escuchábanle con indiferencia, con sonrisa sarcástica. Pero su estoicismo se convirtió en disgusto cuando oyeron la claridad y valentía con que el misionero condenaba ciertos vicios. Miraban de hito en hito al predicador como a un adversario.

Llamábales, sin embargo, la atención la hermosa y venerable barba del Siervo de Dios que le caía majes-

tuosamente hasta la cintura, dándole un aspecto como de Profeta de la Antigua Ley.

Aquel adorno que embellecía al Siervo de Dios y que es tan desconocido en los países tropicales, les intrigaba, les causaba una comezón en las entrañas que pudiera llamarse envidia mezclada de rabia. Debieron preguntarse en sus adentros: ¿Será por esa barba que estas infelices muchedumbres están encantadas de ese hombre?

El joven revolucionario se creyó con obligación de ser más atrevido que los demás. Y concibió el propósito de quemar la barba al Siervo de Dios en cuanto el público desalojara el local.

¡Donosa venganza! en aquel país muy significativa; y en aquel joven muy intencionada: pues ya se ve que pretendía dejar al Padre Esteban sin el encanto que a juicio de nuestros pequeños revolucionarios, le servía para arrastrar las muchedumbres; quería dejarlo sin fuerza, como Sansón sin cabellera.

Pero terminado el sermón, el Padre Esteban descendió del púlpito y en lugar de dirigirse como de costumbre hacia el altar, se abre paso por entre la apiñada muchedumbre y llega hasta el pequeño grupo de anticlericales y ofreciendo la barba al más atrevido, le dice con dulzura: «Quémala, hijo mío, quémala; pero conviértete y confiésate y salva tu alma!...»

Atónito y confuso el joven al ver que el Padre Esteban había penetrado sus pensamientos y descubría

su conciencia, se echó a sus pies prometiendo confesarse cuanto antes. Y lo mismo hicieron sus compañeros.

Que se matan!...

Predicando un día nuestro insigne misionero en una ciudad de Guatemala, suspendió inopinadamente el sermón y exclamó con acento de gran alarma, causando gran sorpresa en el auditorio:

«¡Corran inmediatamente algunos hombres a detrás de la iglesia y eviten por caridad un doble homicidio!...»

Un buen grupo de hombres, seguidos de infinidad de curiosos, acude con presteza al lugar indicado por el Padre Esteban; y hallaron a dos hombres que, presa de la ira, estaban riñendo furiosamente y se disponían a agredirse con sendos cuchillos.

Los emisarios del Siervo de Dios llegaron a tiempo para evitar la mutua agresión de aquellas dos fieras.

No hace falta ponderar la admiración que causó entre el público que el Padre Esteban viese o supiese aquella reyerta criminal sin moverse del púlpito en que predicaba.

¡Me ha leído la conciencia!

Predicaba el Padre Esteban una misión en San Martín de Unx (Navarra) en Diciembre de 1876, en compañía del Padre Saturnino de Artajona.

Una noche, después de terminado el sermón, diri-

giase todo el pueblo en procesión hacia la casa de Muruzábal en que se hospedaban los misioneros.

Los hombres, que iban los primeros, detuviéronse formando línea cerca de la citada casa.

Dos de ellos, don Eladio Barado y don Víctor Sagués, médico de la localidad, cambiaron algunas frases comentando el celo y fervor del misionero. Entre tanto, todos cantaban las letrillas del *¡Perdón oh Dios mío!*

Tras de los hombres venía el Padre Esteban con el crucifijo del púlpito en las manos, acompañado del otro misionero, del Párroco y dos monaguillos.

Al llegar al lugar en que se hallaba don Víctor Sagués, el Siervo de Dios se detuvo un instante, se volvió hacia él y le dirigió una mirada dulce, pero penetrante. Y sin decir palabra, continuó su marcha.

Don Víctor dijo a don Eladio Barado, hablándole al oído con visibles muestras de admiración:

«¡Me ha leído la conciencia y sabe de qué hablábamos!...»

Al día siguiente el mismo don Víctor fué a confesarse con el Padre Esteban y ya no se le oyó una sola de las blasfemias que hasta entonces por costumbre pronunciaba a cada frase.

Cuatro años más tarde, al saber don Víctor la muerte santa del Padre Esteban, pidió y obtuvo una reliquia del Siervo de Dios que hoy se halla en poder de don Eladio Barado.

Descubre y desvanece una tentación de un religioso

Un Hermanito Lego llamado Fray Juan de Cañamás muy sencillo y muy ejemplar, viviendo en el Convento de Sanlúcar por los años de 1879, sufrió una tentación carnal muy violenta, de la que se vió molestadísimo durante muchos días. El pobre Hermano no se atrevía a descubrirla a nadie.

El Padre Esteban, que nunca solía salir a pasearse, buscó al referido Hermano; y hallándolo ocupado en su oficina, le invitó a que le acompañase a paseo.

Salieron ambos por el camino que conduce hacia Chipiona.

Cuando hacía como un cuarto de hora que habían salido del Convento, el Siervo de Dios interrumpió la conversación y exclamó: «¡Hermano! ¿qué le pasa en su alma? ¿Por qué hace caso de esos pensamientos?...»

Y poniéndole la mano en la cabeza, le dijo con gran ternura: «¡No se turbe Hijo mío, por nada de eso... Levante el corazón a Dios!...»

Desde aquel momento se desvaneció la horrible tentación y ya no volvió a ser más molestado por ella.

Esto se lo refirió el mismo Fray Juan de Cañamás a Fray Buenaventura de Alcira, que vive hoy en el Convento de Ollería (Valencia).

El día de un fracaso

Siendo aun joven el Padre Estanislao de Reus, hubo de predicar uno de los sermones del Novenario de la Divina Pastora en nuestra iglesia de Sanlúcar.

El Padre Esteban solía celebrar el Novenario con extraordinaria solemnidad. Asistía entonces lo más granado de la población; los cultos eran concurridísimos. Allí no faltaban el Sr. Conde de Aldama, ni D. Andrés Limón, ni el sabio Arcipreste D. Francisco Rubio Contreras, etc.

Como acontece con todo predicador joven, el Padre Reus subió a predicar su primer sermón con cierto temor mezclado de ilusión.

Mas no debió resultar con tanta galanura y elocuencia como se había propuesto el predicador; porque del púlpito fué directamente el Padre Reus a esconderse en la celda, presa de gran angustia y desaliento, sin atreverse a aparecer ante los señores que entraron en la Casa y pensando en sus adentros: «Para sufrir desilusiones como ésta, no subo más al púlpito; no valgo para predicador...»

Cuando estaba más afligido, he aquí que llaman en la puerta de su celda. El buen Padre Reus, contestó según costumbre de nuestros Conventos, pero experimentando gran contrariedad en su espíritu. Sin embargo, se esforzó por dibujar una sonrisa en el rostro a fin de disimular el estado de su ánimo.

El que llamaba era el Padre Esteban, quien antes de saludarle, ni darle la enhorabuena, le pregunta: «¿Por qué esos desalientos? ¡Reanime ese espíritu! Vale vuestra Caridad para predicador y predicará muy bien...»

El Padre Reus quedó convencido de que el Siervo de Dios había descubierto y penetrado su interior. Y acabó por decir y confesar al mismo Padre Esteban todo cuanto había experimentado en su espíritu y el desaliento y pesimismo de que era víctima.

Y más tarde el Padre Reus edificado de la caridad del Siervo de Dios y admirado de ese don sobrenatural de que daba claras muestras, refería este episodio a otros religiosos para edificación de ellos.

!Qué buen café!...

Siendo el Padre Esteban Guardián de Sanlúcar de Barrameda, prohibió ya en Noviembre de 1877, fecha en que tomó posesión de su cargo, que ningún religioso tomara bebida o comida en casas de seglares, aunque les fuesen ofrecidas con insistencia. Con lo cual no hacía sino recordar lo dispuesto en las Constituciones de la Orden.

Salió un día un Hermano Lego a pedir la limosna después de cantadas las Vísperas y rezado el santo Rosario. A media tarde había terminado su recorrido y regresaba al Convento.

En el instante en que llegaba a la Portería, salióle al encuentro el Padre Esteban, y sonriéndose le dijo: ¡Qué bueno estaba el café! ¿verdad?»

Confuso y atónito el Hermano, confesó su culpa, explicando al Siervo de Dios que no le había sido posible sustraerse a las reiteradas instancias de don Andrés Limón, quien le invitó a probar un buen café.

Perdonó el Padre Esteban al arrepentido Hermano, mas no sin exhortarle con amabilidad a la mortificación de los sentidos.

Intervención satánica?...

No se puede negar que el demonio actúa en el mundo directamente para restar prestigios a Jesucristo y a su santa Iglesia con ánimo de perjudicar a las almas. Cuando no tuviéramos las palabras del Evangelio, mas algunos capítulos del Apocalipsis y otros Libros de la Sagrada Escritura, nos bastaría fijar la atención en la Historia de la Iglesia para convencernos de esta lamentable verdad.

Por lo mismo a nadie extraña que el demonio haya manifestado su aversión y odio de mil maneras contra algunos santos y contra algunos celosísimos apóstoles, cuya paciencia fué sometida a pruebas muy duras.

¿Se manifestó alguna vez la aversión del enemigo de las almas contra el Padre Esteban?

En la vida de este extraordinario misionero registranse sucesos que nos mueven a creer en la intervención directa del demonio.

No aludimos precisamente a las numerosas persecuciones que se suscitaron contra el Siervo de Dios, las cuales sin duda debieron ser encendidas por el que es llamado en los Sagrados Libros *padre de la mentira y de toda malicia*; sino a algunos particulares casos en que el diablo intervino *personalmente* con intención de perjudicar al Padre Esteban o de impedirle la predicación.

Veamos algunos:

Pedrea misteriosa

Predicaba el Padre Esteban de Adoain la Cuaresma en la Antigua Guatemala el año 1872.

Por aquel tiempo se publicaba en la capital un periódico titulado *El Malacate*, que era un vertedero de injurias y de indignas procacidades contra la Iglesia, los Sacramentos y el culto católico. Hacíase de él intensa propaganda.

El Padre Esteban, lamentando el daño espiritual que podía causar a las almas, se propuso emprender contra él una activa campaña, sin temor a las represalias que pudiera tomar el Gobierno masónico que había expulsado a los Obispos y Ordenes religiosos y tenía aún pendiente el decreto de expulsión de los Capuchinos.

Después de obtenida la venia de sus Prelados, a

quienes consultó su determinación, el Padre Esteban leía desde el púlpito en voz alta los párrafos que contenían herejías y conceptos erróneos, y los refutaba valientemente con razones clarísimas.

La curiosidad que su controversia despertaba en el público era inmensa. Llenábase el templo y el atrio; y la muchedumbre rebasaba por las inmediaciones. Los anticlericales no eran de los últimos en acudir a los sermones; pugnaban por ocupar un lugar próximo al púlpito.

El fruto era extraordinario no sólo entre los buenos, sino aun entre los masones y liberales. No pocos de éstos abandonaban el periódico, abominando de las ideas que habían sustentado. Grupos de hombres significados por sus aficiones tendenciosas veíanse acudir al Convento y visitar al Siervo de Dios.

Durante aquella Cuaresma no se hablaba en toda la República de otra cosa que de la predicación del Padre Esteban, y del peligro de muerte que amenazaba a *El Malacate*.

El enemigo de las almas no había de resignarse a presenciar pasivamente aquella reacción tan saludable que se operaba en las ideas y en las costumbres.

A mediados de la Cuaresma principió a observarse en el Convento de la *Antigua Guatemala* un fenómeno rarísimo, que llenó de espanto a los Religiosos.

Un día cayó sobre el Convento y sobre la terraza y ventanas de la iglesia una pedrea que duró como una

hora con ligeros intervalos. Al mismo tiempo que caían las piedras, producíase un estruendo formidable, desproporcionado con el volumen de ellas, aunque algunas eran tan grandes, que era imposible hubiera fuerza humana que pudiese lanzarlas a tanta altura.

Turbáronse mucho los religiosos. La alarma cundió principalmente entre los novicios, jovencitos de 16 o 17 años. Mas nadie sabía qué pensar ante aquella agresión que venía rodeada de tanto misterio. Algunos ya sospecharon que aquello ofrecía circunstancias demasiado extraordinarias para ser cosa natural.

No pasaron dos días cuando la iglesia y el Convento volvieron a ser objeto de nuevo ataque. Y este fenómeno se repitió durante la Cuaresma frecuentemente, lo mismo de día que de noche, aunque no siempre con la misma furia e intensidad.

Los religiosos propusieron estudiar el carácter y circunstancias de tan raro suceso. Y observaron que a pesar de la magnitud de algunas de ellas, nunca se rompieron los cristales de las ventanas ni las tejas del Convento. La pedrea última, y la más formidable, fué la del día de Jueves Santo, a la hora en que los religiosos estaban orando ante el Monumento.

Uno de los religiosos aseguraba, como fruto de sus investigaciones, que una piedra había penetrado por un cristal roto de una ventana de la iglesia yendo a dar contra la lámpara, la cual, aunque mucho osciló, no sufrió desperfecto alguno ni se apagó.

Muchos eran los frailes que, intrigados con lo que estaba sucediendo, se apostaban para ver si había gente en las inmediaciones del Convento. Pero jamás vieron a nadie. Dos frailes jóvenes subieron a la terraza de la iglesia una noche mientras caían las piedras; examinaron largo rato cuidadosamente. Las piedras venían de todas direcciones, mas no se vió ni vestigio de ser humano en los alrededores de la Casa.

Todos los religiosos, aun los más refractarios a creer en intervenciones de espíritus, se convencieron de que el demonio perseguía al Siervo de Dios.

Algunos, llenos de angustia, iban a buscar al Padre Esteban y le preguntaban qué significaba aquello. Y el Siervo de Dios contestaba a unos con una sonrisa que llevaba la tranquilidad al más pusilánime. A otros les contestaba: «Esto es que el demonio nos tiene envidia y rabia por las virtudes de nuestros fervorosos novicios...»

Terminada la cuaresma, cesó para siempre aquel fenómeno tan raro y que tanta zozobra había causado entre los religiosos.

Para sembrar cizaña

En el Capítulo celebrado en Guatemala por el mes de Noviembre de 1868, el Padre Esteban había sido elegido Guardián del Convento de la *Antigua* y Comisario General de Centro-América, por unanimidad de votos.

El Siervo de Dios gobernaba sus súbditos con exquisita prudencia y gran caridad, haciéndose todo para todos; pero al mismo tiempo era vigilante exacto de la observancia regular.

El Convento de la *Antigua* era un fecundo campo en que florecían las grandes virtudes religiosas, a la vez que seminario de abnegados apóstoles. En la Comunidad reinaba la unión más perfecta, mediante el ejercicio de la caridad.

Por aquel tiempo hallábanse en la enfermería del Convento varios religiosos, de los cuales alguno guardaba cama y otros estaban simplemente retirados con dispensa de la observancia.

En la misma enfermería había una cocinilla y una despensa en la que se guardaban las provisiones para los enfermos; huevos, leche, chocolate, carne, algunos postres, etc.

Un día, sin que el enfermero, que era Fray Isidro de Tordera, hubiera dejado la llave a nadie, faltaron las provisiones que necesitaba para sus enfermitos. Calcúlese la turbación del pobre Hermano y las sospechas y juicios temerarios que formaría contra alguno o algunos de los religiosos.

Ya se deja entender que el enfermero redobló la vigilancia y tomó precauciones. Mas de nada sirvieron; porque otro día desapareció gran parte de las provisiones. Se indignó, protestó, delató el hecho al Padre Esteban, habló con los religiosos manifestando inten-

cionadamente sus recelos para ver si salía el delincuente. Pero nada sacó en limpio.

Un día después de cerrar bien con llave el armario y puerta, después de cerciorarse si las cerrajas funcionaban con precisión, dejó dos religiosos como vigilantes en la misma puerta de la despensa, guardando él las llaves a buen recaudo. Mas de nada sirvió su refinada prudencia. Al regresar después de buen rato y al preguntar con cierta ansiedad a los dos religiosos si habían sentido ruido o habían visto a alguien, contestaron que no. Pero la sorpresa de los tres fué enorme cuando al abrir el armario vieron que no había nada de lo que el mismo enfermero había dejado.

¡Aquí anda el demonio! debió exclamar el pobre Fraile con gran impaciencia, *¡aquí anda el demonio o algún endemoniado!*

Otro día servía la comida a los enfermos. Dejó los platos cerca de la puerta de la celda de Fray Jose Calasanz. (1) En unos segundos de distracción del enfermero desaparecieron las viandas. Preguntó al referido Fray Calasanz, (a quien había encomendado que vigilase) qué había pasado. Mas éste contestó que no había visto a nadie, ni había sentido ruido alguno. Ambos quedaron atónitos y el enfermero además contrariadísimo.

(1) Fray José Calasanz de Llevaneras fué después el Cardenal Vives y Tutó.

En una palabra, observáronse durante dos meses próximamente cosas inverosímiles y rarísimas.

Ya comenzaba a perturbarse la paz de la Comunidad, a sufrir quebranto la unión y la caridad fraterna con gran perjuicio espiritual de los religiosos.

Ante estos sucesos, el Padre Esteban que era muy prudente y serio, estaba suspenso. No quería hablar de intervención satánica ni pensar en ella hasta poseer abundantes elementos de juicio.

Llamó un día a la Comunidad. Expuso la gravedad de lo que ocurría, añadiendo que si algún religioso se había atrevido a cometer semejante serie de faltas tan feas, con daño de la caridad fraterna, merecía ser separado de la Comunidad. Luego ordenó que todos dijeran sus culpas. Dijeron cada cual las suyas ordenadamente tal como se acostumbra en la Orden. Mas nadie se acusó de haber hurtado provisión alguna en ningún tiempo.

El Padre Esteban exclamó: «¡Ahora acabo de convencerme de la inocencia de todos los religiosos! El demonio se empeña en sembrar cizaña en la Comunidad y en agotar nuestra paciencia...»

Continuaron todavía los famosos *hurtos*. El Padre Esteban exhortó al Enfermero a la paciencia, diciéndole que la desaparición de las viandas era un maligno juego del enemigo de las almas, a quien se le vence con la oración y con la paciencia, como le venció el santo Job.

El Enfermero se tranquilizó; no hizo ya más caso de semejantes hurtos, los cuales cesaron pocos días después.

El que esto escribe conoció al Hermano Enfermero y residió con él durante dos meses en el Convento de Oyarzun en el año 1906.

Conclusión

Prodigios después de su muerte

Además de los prodigios que hemos referido en el presente opúsculo y de cuya autenticidad respondemos, pudiéramos mencionar otros no menos notables y auténticos, realizados por el Padre Esteban durante su vida. Omitímoslos por no traspasar los límites de este folleto que queremos sea breve y económico.

Después de la muerte del Padre Esteban hánse obtenido grandes favores por su intercesión.

En la ciudad de Sanlúcar de Barrameda por los años de 1898 un niño paralítico que, acostado en un cochecito, solía frecuentar la iglesia de Capuchinos, se curó con solo beber un vaso de agua en la que se habían echado unas moléculas del falangín de uno de los dedos del Siervo de Dios; reliquia que poseía el Padre Pastor de Valencia.

Algunos años más tarde en Riohacha aconteció

lo propio con una mujer que sufrió un envenenamiento.

En el año 1912, se curó en Bayona un joven tuberculoso con tres días de oración e invocación al Siervo de Dios y colocando al mismo tiempo una carta suya en la almohada en que recostaba la cabeza.

Aquí hacemos la salvedad que hicimos en la primera página del opúsculo: Nos concretamos a referir la historia de los sucesos extraordinarios; pero nos abstenemos de calificarlos de milagrosos por respeto y acatamiento a las leyes de la Iglesia; a la cual únicamente corresponde dictar fallo en estos asuntos.

Oportunidad para alcanzar favores

Exhortamos a los fieles que invoquen frecuentemente a este gran Siervo de Dios, en cualquiera necesidad, sobre todo en tiempo de enfermedades graves. Dios nuestro Señor se complace en conceder favores por medio de sus Siervos para glorificarlos ante el mundo; y esto porque redundan en gloria del mismo Señor, en gloria del Redentor de las almas y en honra de su Iglesia católica que es la única madre y escuela de santos en la tierra.

El tiempo en que se tramitan las Causas de Beatificación de los Siervos de Dios suele ser muy oportuno para solicitar su intercesión. Ellos suelen escoger este tiempo para alcanzar del Señor grandes gracias y milagros necesarios para su Beatificación y Canonización.

Aunque no se puede tributar culto público al Padre Esteban de Adoain, como no se puede a ningún Siervo de Dios que no esté beatificado (tal sería colocar sus reliquias o retratos entre los retratos o reliquias de los santos o beatos, colocar su imagen o su retrato en algún altar de iglesia o de oratorio, representarlo públicamente con aureola o con rayos como se hace con los beatos o con los santos), puédesse sin embargo invocarle privadamente, y pedirle que ruegue por nosotros, como pedimos a una persona muy piadosa. Puédesse recitar, por ejemplo la siguiente jaculatoria: «Padre Esteban, ruega por mí y pide al Señor que me conceda *tal gracia...*»

También se puede dirigir una oración al Corazón de Jesús o a la Divina Pastora, suplicándoles que para conseguir la beatificación del Padre Esteban y glorificarlo ante el mundo, nos concedan *por su intercesión*, tal gracia.

Ni está prohibido usar privadamente sus reliquias, colocarlas en la cabecera de la cama, llevarlas consigo, aplicarlas a una úlcera invocando su intercesión como se ha dicho arriba.

Agradeceremos vivamente a todos los que alcanzan algún favor por intercesión del Padre Esteban de Adoain, se dignen comunicárnoslo, aunque les parezca que no es de carácter milagroso. Con esto pueden contribuir a la causa de Beatificación.

Diríjase la correspondencia al R. PADRE VICE-POSTULADOR.-Convento de Capuchinos de Pamplona.

ORACIÓN

PARA ALCANZAR ALGÚN FAVOR POR INTERCESIÓN DEL
PADRE ESTEBAN DE ADOAIN

Señor mío Jesucristo, que dijisteis a vuestros apóstoles: «*Id por todo el mundo.... no temáis ante los potentados de la tierra....*» por la fortaleza que comunicasteis a vuestro Siervo el Padre Esteban y por la eficacia que disteis a su palabra para convertir las almas, os suplico que os dignéis glorificarlo ahora ante el mundo, y concedernos por su intercesión la perseverancia en vuestro santo servicio y la gracia particular que ahora os pedimos.... (*Aquí se expresa la gracia que se desea alcanzar*).

(*Un Padre Nuestro*).

ORACIÓN A LA DIVINA PASTORA

¡Divina Pastora de las almas! Vos que os dignasteis hacer tantos prodigios a ruegos de vuestro devotísimo Siervo el Padre Esteban cuando paseaba vuestro estandarte por diversas naciones, concedednos ahora la gracia que os pedimos interponiendo su intercesión, a fin de glorificarlo ante el mundo.

(*Tres Avemarias a la Divina Pastora*).

(*Díganse estas oraciones tres o nueve días seguidos, precedidas del acto de contrición. Se recomienda la Comunión el último día de la novena o del triduo*).

INDICE

PRIMERA PARTE

I.	BIOGRAFIA DEL PADRE ESTEBAN DE ADOAIN.— Preparando al Apóstol.	PÁGINA 7
II.	El Misionero. En Venezuela.....	10
III.	El Apóstol de Cuba	13
IV.	Nuevos horizontes. En Guatemala y El Salvador... ..	15
V.	Es expulsado de Guatemala. Su apostolado en Fran- cia y España.....	19
VI.	Su santa muerte y sus funerales.....	23
VII.	Su fama de santidad. Su causa de Beatificación....	29

SEGUNDA PARTE

I.	LOS PRODIGIOS DEL PADRE ESTEBAN.— Prodigio constante	PÁGINA 35
II.	DON DE CONTEMPLACION.—Resplandores mis- teriosos.—Como el Divino Maestro.—Eficacia de su oración comprobada en muchas ocasiones.— Ruidoso caso de Santa Cruz.....	36
III.	EFICACIA SOBRENATURAL DE SU PALABRA.— Diversos casos.—En el presidio de Cuba.—Diez y seis años en Centro-América.—Pacificador de revoluciones.—Reconciliación emocionante.—El pequeño Nerón.—¡Perdónalos, Señor!...—En su tierra.—Entre republicanos.—Por un sermón sin gracia....—Un caso de carácter íntimo.....	41
IV.	OPERACIÓN DE PORTENTOS.—Horrendas apa- riciones.—Cesan las lluvias.—Calla el volcán y cesa el fuego.—¡Rayo de Dios!—Detiene el cur-	

so de la peste en varias regiones.—Aviso fulminante.—Una aparición.—¡Al agua!...—Curaciones.—Otros portentos..... 55

V. PREDICCIONES O ANUNCIOS INEXPLICABLES.—La inundación de una ciudad.—Al fuego devorador...—Como herida por un rayo.—¡Mañana mismo!...—El Comandante de Escuintla.—No naufragaremos.—Predice la fecha de su muerte.—¡Piedras tendréis!...—¡No perseveraréis!... 85

VI. PENETRACIÓN DE PENSAMIENTOS Y DE COSAS OCULTAS.—Confesaos y consultaremos.—Los famosos concubinarios.—La muerte de su padre.—Quémala.... pero conviértete!...—¡Que se matan!—Me ha leído la conciencia!...—La tentación de un religioso.—El día de un fracaso.—¡Qué buen café!..... 96

VII. INTERVENCIÓN SATÁNICA?...—Pedrea misteriosa.—Sembrando cizaña 106

CONCLUSIÓN.—Prodigios después de su muerte.—Tiempo oportuno para alcanzar favores y milagros.—Lo que no se debe.—Modo de invocarle.—Oraciones para un tríduo o novena..... 114

